

La Revista Blanca



Colaboradores.

Soledad Gustavo.
Luisa Michel.
Pedro Dorado.
F. Giner de los Ríos.
Juan Giné y Partagás.
Pompeyo Gener.
U. González Serrano.
José Esquerdo.
A. Sánchez Pérez.
Fernando Tarrida.
Francisco Salazar.
Alejandro Sawa.
Manuel Cossío.

Alejandro Lerroux.
Miguel Unamuno.
Anselmo Lorenzo.
Fermín Salvochea.
Ricardo Mella.
Adolfo Luna.
Jaime Brossa.
Ricardo Rubio.
Pedro Corominas.
José Nakens.
Nicolás Estévanez.
Doctor Boudfn.
Donato Luben.

Gerente,

Federico Urales.



f/fz

Resurrección

TRES TOMOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS, **4 pesetas.**

Obra de carácter puramente socialista. En venta: Casa editorial Mancei, Barcelona.

Biblioteca de **LA REVISTA BLANCA**

LA SOCIEDAD FUTURA Por Soledad Gustavo.—20 céntimos.

EL PROBLEMA SOCIAL Por P. Kropotkine, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo.—20 céntimos.

LEY DE HERENCIA Drama en cuatro actos, por Federico Urales.—1 peseta.

HONOR, ALMA Y VIDA Drama en tres actos, del mismo autor.—1 peseta.

EL IDEAL DEL SIGLO XX Por Palmiro de Lidia.—20 céntimos.

LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS Por Ricardo Mella.—1 peseta.

SOCIOLOGÍA ANARQUISTA Por J. Montseny.—75 céntimos.

EL SOCIALISMO Y EL CONGRESO DE LONDRES Por A. Hamon.—1 peseta.

Conferencias populares sobre sociología. Por A. Pellicer.—75 céntimos.

LA REVISTA BLANCA Primer año, 3 pesetas; segundo, 4 pesetas. Los dos juntos, 6 pesetas.

LA LEY Y LA AUTORIDAD Por P. Kropotkine.—20 céntimos.

EL AMOR LIBRE Por Carlos Albert.—2 pesetas.

DEL AMOR: Modo de acción y finalidad social. Por R. Mella.—50 céntimos.

NUESTRAS CONVICCIONES. Por J. Illenatnom. 20 céntimos.

LA ANARQUÍA SE IMPONE 20 céntimos.

MEMORANDUM Por P. Esteve. 1 peseta.

DECLARACIONES DE ETIEVANT 10 ejemplares, 1 peseta.

A LOS JÓVENES Por P. Kropotkine.—10 céntimos.

ENSEÑANZA BURGUESA Y ENSEÑANZA LIBERTARIA Por J. Grave.—20 céntimos.

PATRIA Por A. Hamon.—10 céntimos.

Fundamentos y lenguaje de la doctrina anarquista Por Altaír.—25 céns.

LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ Por A. Lorenzo.—20 céntimos.

DIOS Y EL ESTADO Por Miguel Bakounine.—75 céntimos.

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 58.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDIU, 1.—MADRID

15 de Noviembre 1900

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: La evolución de la Filosofía en España, por Federico Urales.—La moral positiva, por Donato Luben.—La anarquía: su fin y sus medios, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: La herencia psicológica, por Ch. Ribot.—Crónica científica, por Tarrida del Mármol.—París, por Emilio Zola.
SECCION LIBRE: Origen de las ideas sobre la divinidad, por Diderot.
TRIBUNA DEL OBRERO: Entre jaras y brezos, por Aurelio Muñiz.—Educación é instrucción, por Francisco Navés.—A los espiritistas, por C. Cano.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONCLUSIÓN DEL TERCER CAPÍTULO)

Debe haber sorprendido á algunos de nuestros lectores la tendencia radical que hemos deducido de la filosofía aristotélica, y hasta es fácil que se nos haya tachado de parciales al afirmar que el naturalismo libertario genera en la colosal obra de Aristóteles, á pesar de las preocupaciones divinas y sociales de este pensador.

De los filósofos antiguos, no es Aristóteles el que goza de más reputación entre los pensadores contemporáneos, y no lo es por el dominio que en la Filosofía ejercen los filósofos del liberalismo escolástico. Si á buscar fuésemos, pues, un prestigio que fortaleciera nuestros principios, sin fijarnos si la esencia de los suyos concordaba con la de los nuestros, no hubiéramos echado mano de la filosofía aristotélica, como si quisiéramos abonar nuestras ideas con las de un pensador moderno, no citaríamos á Helvecio, si sólo nos propusiéramos arrimarnos á una personalidad de viso intelectual, ya que Helvecio, lo mismo que Aristóteles, no tiene á su favor la voluntad de los pensadores que pesan en el ánimo de las clases ni de las ideas dominantes, y, sin embargo, en nuestro sentir, ni los epicuristas, ni los estoicos, ni los naturalistas á lo Demóstenes, ni los empiricos á lo Bacon, ó á lo Rousseau, ni los idealistas á lo Espinosa, ni los positivistas á lo Hume, ni los psicólogos á lo Laromiguière, ni los realistas á lo Herbat, ni los sensualistas á lo Condillac, poseen la fuerza cerebral de Helvecio, ni dan á las pasiones la importancia que éste les da, ni atienden con la majestad del médico francés, las leyes naturales á cuya satisfacción nos lleva la sociología.

En Aristóteles hemos visto la base del gran edificio intelectual que ha de cobijar á la humanidad entera, satisfecha de la vida y de sus goces, dueña de sus actos y rica por la variedad de sus placeres y de sus pasiones, y lo hemos dicho con la sinceridad que debemos á nuestros lectores y con la espontaneidad y sencillez que es costumbre en nosotros.

Además, tenemos tan gran concepto formado de nuestro ideal social, y estamos tan seguros de que la humanidad ha de adoptarlo en no lejano tiempo, que sin Aristóteles y sin Helvecio depositáramos en aquél la misma confianza.

Así, pues, al hablar de Aristóteles en los términos escritos, hemos dicho lo que sentíamos, sin atender á la importancia filosófica de quien estudiábamos y sin pensar en el refuerzo que nuestras ideas podían recibir según fuese el parecer que emitiéramos respecto al profesor de Alejandro.

* *

A la muerte de Aristóteles sucedió lo que había sucedido á la de Platón: sus discípulos exageran las ideas del maestro. Los unos, como Cudemos de Rodas, en sentido espiritualista; los otros, como Teofrasto de Lesbos, en sentido naturalista, si bien Aristóteles había dicho en vida que el último interpretaba mejor sus pensamientos.

Muerto Aristóteles, apenas se acuerda nadie de Platón. La filosofía avanza en sentido naturalista. Primero Epicuro dice: «El fin de la vida es la felicidad; la fuente de todo conocimiento son las sensaciones. Así, pues, para saber y para gozar necesitamos satisfacer nuestro cuerpo.»

Algunos años después Zenón de Citio, jefe del estoicismo, exclama: «La razón no es más que un sentido, una sensación de la cual proviene todo conocimiento. Las cosas son corpóreas. El hombre ha de someterse á la ley natural. Vivir conforme la naturaleza: he aquí la virtud.»

Estas ideas, ni las que se refieren á las ciencias físicas, hablando de las cuales dice Zenón que el fuego se convierte en aire, después en agua y luego en tierra, son nuevas para nuestros lectores; pero Zenón y Epicuro, dos polos opuestos en moral, las elevan á la categoría de doctrina.

El primero tiene mucho de Diógenes (vivir conforme la naturaleza), no poco de Thales de Mileto (el materialismo de la constitución del mundo). El lado científico de la filosofía de Zenón es de Aristóteles (física, astronomía, lógica). Sin embargo, Zenón es una personalidad filosófica, porque la parte más saliente de su doctrina, la moral, basada en la proposición de que el hombre ha de ser fuerte para sufrir con serenidad toda clase de penas y dolores, es obra suya, obra que, aunque de un matiz pesimista, no deja de tener valor material.

De muy diversa manera se conduce Epicuro en este asunto concreto, pues entiende que el hombre ha venido al mundo únicamente para gozar y que no debe pensar en dolores.

Ambos, Epicuro y Zenón de Citio, completan una doctrina. El placer y el dolor son una realidad actualmente. Como aspiración debemos tomar el placer y practicarlo cuantas veces podamos. Zenón no toma el dolor como ideal, sino como medio para hacer felices á sus discípulos, á los cuales pensaba preservar de los sufrimientos físicos y morales, fortaleciendo sus cuerpos por medio del ejercicio.

A primera vista parece que hacia como aquellos ricos avaros que, para no volverse pobres, viven como tales toda su vida, esto es, que para que los discípulos de Zenón no sintieran el dolor, se les hacia sufrir continuamente. Pero á poco que medite comprende el lector que las personas débiles resisten menos que otras las incomodidades, y que un mismo régimen de vida puede matar á una persona y no alterar la salud de otra, según como ambas hayan vivido ó sido educadas. El individuo acostumbrado á una vida dura preserva á su cuerpo de muchas enfermedades y de no pocas molestias. El ser débil no puede estar sentado ni de pie ni

tendido largo tiempo; se cansa fácilmente y siente el frío y el calor antes que las personas acostumbradas á las inclemencias del tiempo. Pues Zenón, por medio de la fortaleza del cuerpo, del ejercicio corporal y moral, libraba á sus discípulos y quería librar á las humanidades de los dolores inherentes á la debilidad. No hacía del sufrimiento el objeto de la filosofía, como hay quien dice, sino de la inmunidad al dolor.

Sin duda alguna que la idea de Zenón al poner en práctica su sistema educativo supone la existencia de una lucha humana, y el ideal social del filósofo no debía ser el que se basa en la solidaridad y en la bondad del hombre. Educaba á sus discípulos para lo que hoy llamamos lucha por la existencia, ó mejor, explotación del hombre por el hombre, y, por consiguiente, si no encontraba justa esta lucha, debía emplear poco tiempo en atenuarla.

Porque hay que tener en cuenta que en la vida del ser humano se desarrollan accidentes de orden muy variado. En primer lugar, los que nacen del contacto de nuestro cuerpo con los agentes naturales, á los cuales podríamos llamar físicos. En segundo término, los que surgen de la lucha social á que nos obliga la inestabilidad y acaparamiento de la riqueza, que podríamos distinguir con el nombre de materiales. En tercer caso, los efectos de carácter moral que reconocen por causa los sinsabores que á pobres y á ricos acarrea una sociedad en pugna constante con la naturaleza.

Zenón no sólo preparaba el cuerpo para luchar con la fatiga, el frío y el calor, etc., sino que preparaba á los hombres para que en la lucha á que los sujeta la diversidad de intereses, pudieran vencer á sus semejantes y tuvieran, por tal motivo, menos dolores morales. Esta previsión supone un concepto pesimista de las condiciones humanas y una gran desconfianza en el porvenir de nuestra raza. Nosotros creemos que sólo un filósofo degenerado, con vistas, no ya á los animales inferiores, si es que los hay, porque éstos, al fin y al cabo, satisfacen sus deseos y sus pasiones y no pocos se rigen por un admirable principio de solidaridad, sino con vista á un animal más miserable y ruin que los que hoy viven, se puede ser pesimista. Bien que seamos fuertes para luchar con la naturaleza; para luchar con el hombre, muy mal, como malo es que el padre se arme para batir á su hijo. Y en nuestros días, como en los de Zenón, no hacemos más que preparar el brazo para mejor herir á nuestros semejantes. Es una condición de la vida presente la de ser víctima ó verdugo; pero los filósofos que no aspiren á un estado mejor, son filósofos dignos del estado presente, donde todo es mezquino. Entre la indiferencia al dolor de Zenón y el amor por el placer de Epicuro, optamos por el placer, aun con los sensualismos y las degeneraciones propias de toda exageración sensualista. Hay aquí energía moral, amor á la vida y á los hombres; hay allí egoísmo, desconfianza en la condición humana. Epicuro abusa del placer; Zenón del dolor; pero la idea que guía al primero es en extremo generosa y la que guía al segundo supone pequeñez de espíritu, á pesar de su grandeza de cuerpo. Por algo los discípulos de Epicuro tenían establecido el comunismo y los de Zenón la propiedad individual.

Epicuro y Zenón forman parte de la doctrina materialista de Aristóteles, inclinen-se á la derecha ó á la izquierda. Son á la filosofía de aquel pensador lo que las escuelas cínica y cirenaica fueron á la de Sócrates, con las cuales tienen muchísima semejanza.

* *

Después de estos pensadores vino la bancarrota material de Grecia y con ella la degeneración intelectual, no produciendo más inteligencias que las que se concretan

á comentar á los grandes filósofos. Aristóteles fué el preferido de los pensadores que presenciaron y representaron la caída de Grecia.

No obstante, el naturalismo, cuya trinidad en sus diferentes matices componían Aristóteles, Zenón y Epicuro, dominó las inteligencias hasta la invasión de la filosofía alejandrina, extraña mezcla de platonismo, judaísmo y ocultismo, que más tarde engendró la religión cristiana, y que estudiaremos en el próximo capítulo, porque fué el génesis de la que podremos llamar filosofía española; sin que por esto el naturalismo dejara nunca de estar sobre el tapete de los problemas intelectuales, porque muchos renombrados filósofos, sobre todo los que cultivaron las ciencias médicas, lo han sustentado y defendido en todo tiempo.

Pero ni el naturalismo de los filósofos antiguos ni el de los filósofos de las edades posteriores era el que hoy propagan los sociólogos sin impuras mezclas de economistas, de estadistas y de *equilibristas*. Demóstenes, el más naturalista de todos, desdeñaba los adelantos de la ciencia y del arte. Aristóteles, la inteligencia más culta, defendía un naturalismo puramente abstracto, filosófico. Zenón, el más robusto y fuerte, propagaba un naturalismo de clase. Epicuro, el más sincero quizás, tenía el defecto de cargar la nota sensualista.

El naturalismo de los modernos sociólogos no desdeña más que aquellas conquistas del progreso que son parte á las enfermedades que padece la especie humana y estima á la Ética en tanto no altera la marcha de nuestro sistema nervioso. Es decir, pone la salud por encima del arte, por encima de la ciencia, por encima de la sociedad, por encima de todo. Los sociólogos de hoy, los revolucionarios, no los que se hallan bien con el actual régimen económico, quieren un naturalismo de aplicación social, un naturalismo cuyos efectos lleguen hasta los órganos inferiores y particularmente á los sensuales, á los de nutrición y reproducción, sobre todo. Nuestro naturalismo no es cerebral, como el de Aristóteles, sino que es corporal; no es deductivo, no se basa en las ideas de un pensador insigne, se basa en las necesidades de un peón de albañil.

La evolución, ó mejor dicho, el progreso, ha separado de la naturaleza un hombre inculto y devuelve á la naturaleza un hombre educado; pero nosotros creemos que podíamos habernos educado sin perder la salud, sin separarnos de la naturaleza. Por otra parte, nuestra educación es muy discutible; estamos por decir que hasta ella contribuye á la infelicidad que padecemos, porque es parte, sobre todo la moral, al dualismo que existe entre el hombre y la naturaleza. ¿Causa principal de este dualismo? La sociedad basada en la explotación del hombre por el hombre. Esta explotación, este robo, esta guerra, ha sido y continúa siendo la plaga mayor que ha azotado á las humanidades.

Ella ha hecho vivir á miles de generaciones una vida sin luz, sin sol, sin aire, una vida de muerte. Nos hemos civilizado á costa de algo que vale más que la civilización: á costa de la salud. ¿Era indispensable que nuestra especie sufriese las enfermedades que padece para llegar al grado de perfección intelectual de que hoy goza? No; con otro régimen social podíamos haber sido sabios sin perder la fortaleza de nuestros primeros padres.

Los grandes pensadores encarrilan á las humanidades por el camino que conduce á su punto de partida: á la satisfacción de las necesidades que sienten todos los hombres. Los primeros llevaban un bagaje de preocupaciones; éstas disminuyen con el tiempo; apenas si nosotros conocemos ningún poder divino ni humano superior á

nosotros mismos; apenas si distinguimos entre el hombre, el sol, la tierra y el universo todo. Al convencernos de nuestra pequeñez, nos convencimos de nuestra grandeza; al saber que éramos un átomo, supimos que nadie había sobre nosotros.

La semilla en nada ó en poco se parece al fruto; sin embargo, la semilla es el génesis del fruto. Aristóteles en nada ó en poco se parece á nuestros sociólogos; sin embargo, Aristóteles es el génesis de la sociología.

El árbol ha sufrido grandes crisis y grandes influencias durante su desarrollo; no obstante, si la cosecha se pierde un año, no se pierde siempre. El ideal sufre grandes crisis y también grandes persecuciones durante su desarrollo; no obstante, si no lo practican unas generaciones, lo practican otras; es más, todas sacan de él algún provecho; porque así como el fruto no es la obra ni el esfuerzo de un año, sino que es la obra de muchos esfuerzos y de muchos años, así el ideal no es la obra de una generación, sino que es la de muchas: quien tenga paciencia para seguir leyendo hasta el fin, verá cómo la semilla que echó Aristóteles produce beneficios en muchos otoños de la humanidad, y cómo los aumenta á medida que el árbol crece. Lo que hemos de llorar es que Aristóteles tuviera motivos para echar nueva semilla en el surco de la vida humana, porque prueba que ésta no andaba del todo bien. Lo que hemos de sentir es que los sociólogos modernos tengan motivos para decir que las generaciones presentes no pisan la tierra de la justicia, de la que se apartaron las humanidades pasadas, según unos pensadores, y la que jamás pisaron, según otros.

Grecia se debilita; Roma se fortalece. Grecia recopila su saber, y lo concreta en máximas morales, con las cuales pronto educará á Roma, su señora. Grecia se prepara para ser una excelente institutriz, después de haber sido la reina de la fuerza, del arte y del saber.

Con la decadencia moral é intelectual de Grecia, la Ética, la forma, ocupa el lugar preeminente que antes ocupaba la Lógica. Todas las decadencias se caracterizan por igual fenómeno. Cuando un pueblo es fuerte, produce inteligencias creadoras, lógicas, austeras, manantial de ideas, y cuando este mismo pueblo decae, los genios se convierten en ingenios formalistas, éticos, estetas. El culto á la verdad, como aspiración humana, deja el campo al culto á la belleza, como objetivo artístico: el arte se convierte en la más alta representación de la inteligencia, así como en el dominio de los grandes pensadores, la más alta representación de la inteligencia es la naturaleza, la justicia ó la verdad, según el pensador que la encarna. De esta suerte el distintivo de Sócrates fué la verdad, el de Aristóteles la justicia, el de Zenón la naturaleza.

También es señal de los períodos decadentes el escepticismo en materia de doctrina moral y social.

El precursor de la decadencia en Grecia fué Pirron Elis y Timón su discípulo. Sus comentaristas y partidarios Diógenes Laercio, Anaxidemo y Sexto. Sintetizaremos la doctrina de estos escépticos con las siguientes palabras:

Dos proposiciones opuestas pueden ser dos verdades, porque á toda razón puede oponérsela otra, desde el momento que una razón no es más que una sensación, y las sensaciones son un producto de la naturaleza de cada uno, y en cada uno diferente. Por lo tanto todo ha de sernos indiferente. De esta indiferencia nace la tranquilidad y la virtud.

Bellas palabras: todo ha de sernos indiferente, porque la razón no existe. Convenido. Pero hay algo superior á la razón, y este algo es lo que la humanidad que pa-

dece hambre de pan y de derechos y sed de agua y de justicia, jamás mirará con indiferencia, á pesar de todos los consejos: este algo es la satisfacción de aquellas necesidades que no pueden satisfacerse actualmente ni podían ser satisfechas en tiempos de Pirron. Miraremos con indiferencia todos los problemas intelectuales cuando la humanidad doliente tenga resueltos los materiales. Entre tanto, si no hubiese una razón, si las razones fuesen juicios y los juicios sensaciones y las sensaciones notas diversas de la naturaleza humana, haríamos una razón, un objeto de lucha, de guerra, del derecho que á todo hombre asiste de satisfacer sus deseos, mientras la naturaleza, la naturaleza únicamente, no se oponga á ellos, que no se opone nunca.

El escepticismo tuvo en Grecia muchas fases, hasta que vino á parar en lo mismo que quería combatir, en el dogmatismo.

Y como la filosofía huye de Grecia, huyamos también nosotros, dejando que en ella priven los decadentes, los residuos de la raza, que las grandes luchas han dejado en la inmortal ciudad.

FEDERICO URALES.

LA MORAL POSITIVA

En pugna con todo lo natural y progresivo, las *Religiones positivas* han sentado las bases de su moral estrecha y meticulosa, sobre principios absurdos y rigoristas que conducen al hombre al fingimiento y á la hipocresía.

La moral religiosa es el conjunto de reglas y preceptos derivados de los *mandamientos* impuestos al hombre, según se pretende, por su mismo Dios y Creador.

Cristalizada la moral positiva en fórmulas antiguas, en preceptos incumplibles y, por tanto, incumplidos, el relajamiento ético de las relaciones sociales resulta repugnante, ya que tiene por punto de partida y sustentáculo la explotación del hombre por el hombre.

Nadie se cuida aquí de ser probo y honrado, justo y continente, sino de parecerlo, porque en las apariencias de los actos y acciones radica al presente toda moralidad social.

Basta confesar á un sacerdote las transgresiones cometidas voluntaria ó involuntariamente contra los preceptos sagrados, para *descargar la conciencia cristianamente* y poder pasar por virtuoso...

Funesta herencia de las religiones positivas, la *moral positiva*, la *Ética religiosa*, esa moral antilógica, origen de todas las *moralidades* que nos corroen y gangrenan, determina el concepto ético de lo *bueno* como cosa definitiva y procedente de *acuerdos preconcebidos*; pone en pugna la *virtud* con la *rebeldía*, destruye la virilidad preconizando la sumisión, y no existe enervamiento moral que no avive ni energía vital que no se afane en extinguir.

Las absurdas concepciones que de la virtud tiene la *Ética positiva*, son causa evidente de cuantas vilezas corrompen el espíritu humano, sumido en los quietismos mortales de esa resignación estoica que todo lo espera del cielo y que por el cielo lo soporta todo.

Moral que induce al hombre á la conformidad con los males sociales, á la paciencia estoica, á la mansedumbre y tranquilidad de espíritu, es una moral altamente perjudicial á los fundamentos de la justicia, es una moral contraproducente, *immoral*

y perturbadora; y mucho más perturbadora resulta esta moral, acomodaticia y absurda, cuando se erige en sistema dentro de la desigualdad de condiciones imperante, para predicar é imponer la mansedumbre á cuantos sufren, y presentar así, atados de pies y manos, indefensos, á los despojados á las plantas de la insaciable codicia capitalística, colocándolos, moral y materialmente, á merced del frío, sórdido y calculador egoísmo de los inhumanos conculcadores de todo derecho y libertad.

«Sed mansos, sufridos y humildes; despreciad los bienes terrenales, y obtendréis en justo premio el disfrute de goces inefables y divinos por toda una eternidad.» Tal es la moral que predicán al pueblo esclavizado los religiosos profesionales; pero que ellos, por su parte, tienen muy buen cuidado en no cometer la disparatada tontería de observar. Predicar y enseñar como principios de pura moral divina, la mansedumbre ante las iniquidades sociales perpetradas por la tiranía, es erigir en virtud la cobardía, castrando criminalmente la brava virilidad de los hombres y preparando así á los pueblos para soportar resignados toda clase de yugos, abyecciones y dependencias.

Los pueblos *bondadosos*, los egipcios como los persas, perecieron por su *cobarde bondad*, y aquellas razas *benévolas, sufridas* y sin bríos de acometividad ofensiva ni resistencias defensivas heroicas, andan errantes, sin hogar, sin patria, por no haber tenido energía y entereza ni temple varonil de alma, por haber carecido de aquella irascibilidad bélica conducente á defender sus lares contra sanguinarios invasores... Está visto: moral que tiende á sofocar las pasiones enérgicas de los hombres, conduce á los pueblos á la esclavitud.

Moderando, conteniendo las aspiraciones de las masas sociales y determinando el aborto de toda protesta airada en demanda de reparaciones y justicia, la moral positiva no ha hecho ni conseguido otra cosa que perpetuar las más detestables injusticias sociales, consolidar la explotación y dar vigorosa existencia á la tiranía, creando así pueblos inferiores, rebaños de esclavos sumisos é ignorantes, atraillados por el miedo y el respeto, petrificados por la *santa resignación*, acostumbrados, en fin, á la idea *divinamente moralizadora*, de que este mundo miserable es un valle de lágrimas, y dispuestos, por tanto, á sufrir, casi sin protesta, los mayores sacrificios y las más grandes y degradadoras vergüenzas.

Predicando la *prudencia*, la *fortaleza* y la *templanza*, es decir, el desprecio de los impulsos soberanos del derecho, la insensibilidad y la atrofia, las religiones positivas, y muy particularmente el catolicismo, han tratado de matar las pasiones, de hacer *hombres muertos* para el mundo, á fin de crear el orden en medio de la tiranía, á través de la usurpación y de todos los atropellos de los poderosos privilegiados.

La obra era difícil y por eso ha resultado tan grotesca y contradictoria. Por más que lo han intentado, realizando prodigiosos esfuerzos de imaginación y sutileza los moralistas religiosos, nada práctico han conseguido en su colosal empeño de armonizar lo inarmonizable.

Ellos predican el amor al prójimo, la sumisión y la obediencia á los poderes constituidos como prácticas sagrada de su *moral divina*; pero todo ese *soberbio* monumento de *soberbias* máximas morales, derrúmbase por su propia base cuando se observa la diversidad de sus procedimientos. La moral positiva por que se rigen las acciones humanas, es una moral sin escrúpulos, falta de base ética, descabellada y contradictoria; moral absurda, cuya síntesis y virtualidad pueden hallarse condensadas en las pomposas ceremonias religiosas celebradas con gran solemnidad y fervor, por los pueblos en

guerra antes de la batalla para implorar, de un Dios clemente y justiciero, bondadoso y amante de todos los hombres, sus hijos, el exterminio de los enemigos.

El tribunal militar que antes de constituirse en *consejo de guerra para condenar á ser pasado por las armas á un ser humano, más ó menos delincuente*, reye misa con devoción; el diestro taurino que al salir para la plaza en día de faena, reza fervoroso ante la imagen de la inmaculada Madre del Creador; el foragido sin entrañas que antes de cometer un crimen espantoso, se recomienda á Dios y besa, con solemne recogimiento, el escapulario del santo de su devoción que pende de su cuello; el falso testigo, en fin, que jura por Dios decir verdad ante los tribunales de justicia y que, sin embargo, miente á sabiendas para torcer la balanza de la justicia, todas las grandes mentiras é hipocresías sociales, consecuencia son ineludible de esa moral estulta, antinatural y contradictoria que dirigé y encauza por los tortuosos caminos de la perversión y el engaño las acciones del género humano.

La moral positiva, absoluta y permanente, ha de ser suplantada por la moral social, natural y progresiva.

Nada de moralización represiva, nada de subterfugios prohibitivos; la moral y la virtud han de surgir, para ser efectivas, espontáneas de la esencia de la libertad lo más radicalmente posible practicada.

El gran problema de la moral estriba en determinar el *medio social* adecuado y conducente á que los individuos de *malos instintos*, los *criminales* mismos (caso de haberlos en un régimen social de justicia), resulten aptos para el bien y para el desarrollo del orden. Lo que hace falta para que la moral social se realice y desenvuelva toda acción benéfica, no son formalismos metafísicos, ni rigores represivos, sino puras cualidades sociales traducidas en *hechos descuidados*, amor consolador y libertad purificadora.

Destruid, vosotros los moralistas y gobernantes; destruid las mil iniquidades sociales que informan este régimen absurdo; pulverizad todos los privilegios; suprimid todas las tiranías; haced, en fin, á todos los hombres iguales en los disfrutes del derecho económico, y entonces, abriendo nuevos horizontes de luz y libertad al desarrollo étnico de las propiedades humanas, cerciorando al hombre de la misión augusta de sus destinos, puesto en posesión de sus derechos plenos para que siga por su camino de existencia sin *hacerse daño ni hacerlo á los demás*, manejando prudentemente los móviles conducentes y necesarios á la realización armónica de tan altos fines sociales, se producirá, sin oposiciones violentas ni choques sangrientos, la moralización verdadera del género humano.

No busquéis, señores moralistas, no busquéis la moralización de la sociedad empleando para conseguirla tópicos absurdos y medidas vituperables de rigor judicial. El mundo no se moraliza con *preceptos divinos* ni *reglamentando el vicio*, y menos con ejecuciones terroríficas, ni medidas violentas de represión y crueldad.

Libertad al hombre de las garras de la explotación; destruid todo yugo, toda tiranía y privilegio; proclamad la abolición de clases y jerarquías sociales; y, cuando ni vestigio quede de la actual *moral positiva*, cuando la moral religiosa se hunda para jamás levantarse con todo su aterrador cortejo de sofismas antinaturales, entonces desaparecerán todas las corrupciones, crímenes, infamias y deméritos sociales que forman la trama tenebrosa y punible de la presente degradación en que nos revolcamos impotentes, cubiertos de lodo y destilando pus.

DONATO LUBEN.

LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

XX

LAS HUELGAS

Impotencia de las huelgas para cambiar la suerte de los trabajadores.—Funciones del patrón. Historia antigua.—Las huelgas actuales.—Los mineros y canteros de Gales del Sud.—Fatalidad de las huelgas.—Injerencias de los políticos.—Papel de los anarquistas en las huelgas.—Solidaricémonos.—Abolición de los salarios.—La emancipación no empezará hasta que termine la explotación.—Tomar y no pedir.—Instruyámonos.

Considerada como medio de emancipación, la huelga no es más que un señuelo, perfectamente impotente para transformar el estado social. Aceptar la discusión con los explotadores es reconocerles el derecho a la explotación.

Como el objetivo de la huelga no es el de ampararse el obrero de los medios de producir, sino el de una pequeña transición, puede poner alguna traba a la explotación, pero no la suprime; antes al contrario, parece que el trabajador la acepta combatiendo y admitiendo reglas para ser explotado.

Aun aceptando que los trabajadores pudieran económicamente imponer condiciones a sus patronos, la situación en el fondo continuaría siendo la misma, puesto que continuarían siendo explotados. En efecto; admitamos que los trabajadores de una corporación hayan conseguido un aumento en los salarios. ¿Qué importancia tiene esto en la situación general? Cincuenta céntimos de más al día no es por cierto cantidad despreciable en una familia obrera, porque con ellos podrá añadir unos cuantos garbanzos más al puchero, pero he ahí toda la mejora. La mayor parte de sus necesidades quedarán como antes, sin satisfacer; y dada la organización social, su personalidad y la de los suyos, hallarán los mismos obstáculos para desenvolverse y progresar. Su patrón continuará siempre el mismo, viviendo tranquilamente sin hacer nada. Para conservar incólumes sus beneficios, no tendrá que recurrir a ninguna operación difícil, le bastará con obligar a sus capataces a que los obreros produzcan más labor, ó bien sencillamente perfeccionar las herramientas, lo cual le producirá un aumento en la producción y tendrá el gusto de dejar sin trabajo a los obreros que más le molesten.

En el supuesto de que esto no sucediera, el ligero aumento serviría sólo para mejorar a una corporación, lo cual no tiene ninguna importancia en el conjunto de la localidad.

El desarrollo industrial que empezó a iniciarse hace unos sesenta años, creó una situación relativamente desahogada a los trabajadores; esta situación se prolongó durante algún tiempo y les permitió imponer ciertas condiciones a los patronos. La relativa escasez de brazos en el mercado del trabajo, dió a los obreros fuerzas que, por un momento pudieron esgrimir las y arrancar concesiones al capital que, agravando los artículos de consumo, se resarcía de los perjuicios producidos por las conquistas del trabajador.

Hoy estamos ya muy lejos de aquellos tiempos en los que el obrero, seguro de hallar trabajo al día siguiente, se podía permitir la agradable satisfacción de mandar a paseo al explotador demasiado exigente.

El desarrollo de los instrumentos mecánicos ha producido un exceso de brazos tal, que permite a los explotadores producir con mucha rapidez y poco personal los artí-

culos de su industria. Esto les permite elegir obreros á su gusto, y el tiempo á propósito para fabricar.

Además, esta misma perfección de los instrumentos les facilita colocar á cualquier persona, hombre, mujer ó niño, caso de que el personal les falte, seguros de que unas cuantas horas de aprendizaje bastan para convertir al más lego en obrero. Por esta razón, las huelgas en nuestros días, á menos de circunstancias excepcionales, carecen de recursos para triunfar y sobre todo si están dirigidas por farsantes.

Así hemos visto en Inglaterra la huelga de los mecánicos, de la que ya hemos hablado en uno de los capítulos precedentes, que fué un terrible fracaso, después de seis meses de lucha y haber gastado algunos millones. Igualmente hemos visto la huelga de los mineros de las canteras de *Galles du Sud* que fué extendiéndose hasta tomar parte en ella cien mil hombres, y luego de una lucha de once meses y haber gastado más millones que los mecánicos, fué también un verdadero fracaso, y actualmente los obreros tienen que soportar vejación más tiránica que antes de la famosa huelga.

Peró lo peor de todo es, que siendo perfectamente inútiles, é ineficaces para producir ninguna mejora á los trabajadores, son indispensables de todo punto, porque los trabajadores tienen imperiosa necesidad de defender sus salarios; y esta necesidad existirá mientras el obrero tenga que vender su fuerza y que sus aspiraciones no vayan más allá de un aumento en los salarios. Cuando haya comprendido que la explotación y la propiedad individual son un absurdo inicuo, entonces será otra cosa.

Imbuídos del principio de legalidad que predicán los políticos y no teniendo otra aspiración mejor que la del aumento en los salarios ó la disminución en las horas de trabajo, la huelga se impone en el espíritu del obrero como un medio de lucha, y lo es, en efecto, puesto que dada la situación en que vive, lo inmediato, lo urgente, es la resistencia á los abusos patronales.

El obrero cree en la legitimidad del capital y tolera la explotación; pero entiende que el explotador debe, como remuneración á su trabajo, darle cuanto necesita para satisfacer sus necesidades. Como después de la lucha no obtiene los beneficios que ambicionaba, se abre una brecha en sus creencias y la idea de la expropiación penetra en él; en esos momentos conviene que nosotros estemos á su lado.

El ejército, la policía, la magistratura, toda la fuerza social se pone en movimiento durante una huelga para correr en ayuda de los capitalistas á los cuales se les pide sencillamente menos rapacidad en la explotación. Estos hechos son una lección, que viene á demostrar la falsedad de la ley cuyo respeto nos predicán. Mezclándonos en las luchas inmediatas del obrero podremos en ciertos momentos demostrarles los efectos de la obediencia á lo existente.

Es también medio de lucha, porque por impotente que sea, la burguesía la teme; sus esclavos adquieren conciencia de su fuerza y de su derecho y además no sabe lo que puede resultar de una coalición de sus víctimas; por eso teme verlos unidos, porque de la unión puede salir la fuerza que barra sus instituciones. De ahí que la huelga, aun siendo ineficaz para emancipar á los trabajadores, debe admitirse á falta de mejores procedimientos, ya que constituye una amenaza para la burguesía y puede también convertirse en poderoso medio de agitación, si aprovechándonos de ellas, demostramos á los trabajadores que no deben esperar nada de sus explotadores; que no hay acuerdo posible entre ellos y los que viven de su trabajo, y que el capitalismo es una institución funesta que debe desaparecer.

La huelga, tal cual hoy se desarrolla, no es un procedimiento que los anarquistas hayan de adoptar; pero al producirse inevitablemente, puede servirnos para propagar nuestro ideal entre los trabajadores.

Lo cierto es, que cualquiera que sea la opinión que cada individuo profese respecto á la huelga, cuando ésta se declara en una corporación, los que se niegan á tomar parte en ella son traidores que hacen el juego de los que les explotan continuando el trabajo, mientras los otros luchan y sufren por defender ú obtener una ventaja, anodina tal vez, desde nuestro punto de vista, pero, según los obreros, digna de condenarse á la miseria y al sufrimiento para conservarla ó adquirirla.

* *

Cuando nos sublevamos contra la ingerencia de esos políticos, falsos revolucionarios, que intervienen en las huelgas para predicar calma y resignación á unos hombres que precisamente tienen demasiada resignación, se imaginan que nosotros les reprochamos el que no vayan á hablarles de revolución y violencia, del incendio de los talleres y la degollación de los amos, y nos acusan de que queremos promover un pretexto para que la burguesía asesine en detalle, y atemorice á cuantos se quejan de su explotación. Tal infundio, hijo de la mala fe, es sencillamente idiota.

No se trata de ir á los huelguistas para excitarles y empujarles á la sublevación y al degüello. Las revoluciones las hacen las circunstancias y la evolución de las ideas y no las predicciones de un momento.

Nadie, reflexionando sanamente, ha tenido la intención de mezclarse en los conflictos entre el capital y el trabajo para decir á los obreros que deben asesinar á sus patronos é incendiar sus fábricas.

Un lenguaje parecido, produciría como efecto inmediato, dejando á un lado la intervención de las autoridades, hacer pasar á quien lo usara por un agente provocador, que arrojarían de la tribuna los mismos á quienes intentase sublevar.

Pero si en muchos casos la intervención directa de ciertas personalidades puede ser perjudicial á un movimiento, impidiendo que siga su marcha normal, para nosotros está fuera de toda duda, que cualquiera que sea la influencia de los que intervengan, no llegarán jamás á empujar la multitud á la acción, si causas más profundas no la excitan anticipadamente.

Nuestro papel es más racional. Tratamos de demostrar el origen de la miseria poniendo las causas ante los ojos de los que la sufren, explicando con claridad las razones que impiden el que ninguna reforma produzca resultados eficaces y con sencilla argumentación convencerles de que nunca conseguirán más mejoras ni más libertad que las que sepan tomar ó imponer á los patronos y que mientras esperen su salvación de redentores providenciales, no conseguirán nada bueno.

* *

He aquí el lenguaje que, según mi modo de ver, debiera emplear un anarquista dirigiéndose á los huelguistas en cuyo número se contara:

«Camaradas: Estamos en lucha contra nuestros explotadores; estamos frente á ellos por solidaridad, por defender á un compañero de taller contra la arbitrariedad patronal, por pedir la abolición de un reglamento, por no consentir la rebaja de los salarios, ó al contrario, por hacer que los aumenten, el caso no importa. Pues bien; toda lucha cuyo objeto es defender nuestra dignidad, obtener una mejora en nuestra situación material ó sostener las ventajas conquistadas, es justa; cuantos luchan por la emancipación completa del individuo están á nuestro lado. Estos sabrán portarse

con nosotros dignamente. Si el antagonismo de los intereses ha hecho nuestra debilidad, la solidaridad completa y sin rodeos, hará nuestra fuerza. Sabiendo que el apoyo decidido, moral ó material, no nos ha de faltar, á nosotros incumbe desplegar iniciativas.

Respecto á la cuestión de los salarios, preciso es que sepamos que, vencedores ó vencidos y consigamos el aumento ó suframos una reducción, aparte la mejora temporal ó la molestia momentánea que cualquiera de los dos casos pudiera producirnos, estad bien seguros de que nuestra situación no habrá cambiado en nada, con relación á los que nos explotan.

Mientras estemos bajo la férula de los que viven de nuestro trabajo, nuestra situación será siempre precaria; la mayor parte de nuestras necesidades no podrán ser satisfechas, descontando las que nos crearemos á medida que se ensanche nuestra inteligencia.

Los miserables salarios que se nos abonan como pago á nuestro trabajo, no son suficientes sino para conservar nuestra miseria y nuestra desgracia, y así será siempre, mientras haya quien evalúe el trabajo teniendo en cuenta, antes que los intereses del obrero, los suyos propios.»

Al principio de este capítulo hemos expuesto las razones de por qué un aumento en los salarios no produce un bienestar duradero; esas razones pueden añadirse á lo dicho para deducir en consecuencia que mientras los trabajadores limiten sus luchas á la cuestión de los salarios, no saldrán nunca de un círculo estrecho en el que tendrán que girar eternamente sin obtener ningún resultado definitivo.

Y luego añadir:

«Ciertó que tenemos razón al defender con entusiasmo los céntimos que quieren restar á nuestros escasos salarios y que no carecemos de ella cuando pretendemos que los aumenten, porque si aceptáramos sin resistencia los deseos de nuestros explotadores, llegarían á conducirnos á un estado de bestias de carga tan cruel como la esclavitud antigua; pero debemos saber, no obstante, que todas estas luchas no son más que insignificantes accidentes de la que hemos de sostener con ellos.

Si queremos emanciparnos completamente y librarnos para siempre de la tutela de nuestros patronos; si queremos que los nuestros tengan siempre cuanto sus necesidades exijan; si anhelamos elevar nuestra inteligencia para satisfacer nuestro espíritu al mismo tiempo que nuestro cuerpo y gozar en paz de todas las dulzuras de la vida, no debemos limitar nuestras luchas á una cuestión de salarios, sino que nuestros esfuerzos deben tender á la expropiación de las clases capitalistas y á la desaparición de la autoridad.

Como cosa que pasa ante vuestros propios ojos debéis saber que nuestros jefes políticos son fieles aliados de nuestros patronos; que todas las fuerzas sociales no tienen otro objeto que defender á los poseedores de la riqueza y á cuantos representan autoridad, y que no obtendremos nada si no sabemos imponernos por la fuerza en vez de implorar favor.

De otro lado, es preciso que sepamos que la huelga no es un medio eficaz para obtener reformas serias, porque si alguna vez nos presentamos haciendo reclamaciones que pongan en peligro lo existente, nuestros amos se coaligarán para resistir á nuestras exigencias. Recordad si no lo que sucedió á las *Trades Unions* en Inglaterra. Mientras se limitaron á tener relaciones amistosas con los patronos y discutir cachazudamente los aumentos y demás, obtuvieron algunas ventajas para los trabajadores aso-

ciados, condiciones concedidas porque no eran ningún sacrificio para los amos; pero cuando las reclamaciones empezaron á parecerles excesivas, y que la fuerza obrera parecía constituir una amenaza para los explotadores, éstos se unieron con objeto de desorganizar las huestes proletarias, demostrando á los *tradeunionistas*, que los millones burgueses podían más que los de los proletarios, y que en el terreno legal son invencibles.

Nuestros amos triunfan sobre nosotros porque unidos entre sí por la organización política, sean las que fueren sus divergencias para ejercer el poder, tienen siempre la cohesión que á nosotros nos falta.

Nosotros no llegaremos á vencerles sino uniéndonos todos los que sufrimos las aberraciones de lo existente, para imponer un estado equitativo en el que todos podamos gozar de los productos del trabajo, por una acción común contra la organización política y económica.

Nuestros amos están unidos para explotarnos. Unámonos nosotros para emanciparnos; nuestros patronos son fuertes porque saben más que nosotros; en vez, pues, de entregarnos á los más instruidos para que nos emancipen, instruyámonos nosotros, aprendamos el origen y causa de donde nuestros males dimanen y hallaremos inmediatamente el remedio del mal que nos aqueja.

J. GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)



CIENCIA Y ARTE

LA HERENCIA PSICOLÓGICA

(Continuación.)

III

En lugar de insistir inútilmente sobre la herencia de los instintos naturales y primitivos, parece más curioso investigar si los instintos adquiridos son transmisibles. Hemos dicho más arriba, al exponer, siguiendo lo dicho por F. Cuvier y Flourens, los caracteres generalmente atribuidos á los actos instintivos, que ninguno es rigurosamente exacto. Así, pues, el instinto no es nunca invariable. El castor cambia, según las circunstancias, el lugar y la forma de su habitación, y de constructor se hace minero. La abeja puede modificar el plan de sus construcciones y substituir sus celdas hexagonales por cavidades pentagonales. En la isla de Gorea, las golondrinas permanecen en ella todo el año, porque el calor del clima les permite encontrar alimentos en todo tiempo. En muchas especies, la manera de construir el nido puede variar según la naturaleza del suelo, la situación y la temperatura del país. Es cierto que el instinto no es un instrumento tan flexible como la inteligencia; no puede, como ésta, adaptarse á todos los medios, plegarse á todas las circunstancias, variar y modificar su acción de mil maneras: pero es modificable en ciertos límites cuando se somete á influjos poderosos y duraderos.

Dos causas principales producen estas variaciones: el medio y la domesticación. El clima, el suelo, el alimento, los peligros habituales que rodean al animal, las impresiones que recibe, modifican su organismo y, por consecuencia, sus instintos. La acción del hombre es todavía más poderosa sobre él que la de la naturaleza; por la educación le acostumbra y le habitúa á sus necesidades ó á sus placeres. No tratamos, por otra parte, de investigar aquí cómo se producen estos instintos adquiridos ó modificados. La única cuestión que tenemos que examinar es ésta: ¿son *hereditarios*? La experiencia responde afirmativamente; hechos numerosos demuestran que los instintos adquiridos se conservan y transmiten por la herencia, como los instintos naturales. He aquí algunos:

G. Leroy dice que en los sitios en que se hace una guerra encarnizada á los zorros, los zorros jóvenes, antes de haber podido adquirir alguna experiencia, se muestran, desde su primera salida de la madriguera, más avisados, más astutos, más recelosos que lo son los viejos en sitios en que no se ponen cepos. Explicaba esto por la hipótesis de la existencia de un lenguaje en los animales. F. Cuvier tiene razón al relacionar este hecho con la herencia de las modificaciones adquiridas del instinto. No se puede dudar que el instinto de miedo sea adquirido en muchos animales salvajes y transmitido á su descendencia. Knight (1), que se ha dedicado durante sesenta años á continuadas observaciones sobre este orden de hechos, dice que en este intervalo las costumbres de la chocha han sufrido grandes cambios en Inglaterra, y que el miedo al hombre, durante este período, ha llegado á ser mucho más poderoso, por su transmisión á través de una serie de generaciones. El mismo autor ha encontrado cambios de costumbres análogos en las abejas. Darwin ha dicho que los animales que habitan islas desiertas adquieren poco á poco miedo al hombre, á medida que experimentan nuestros medios de destrucción. En Inglaterra, dice, los pájaros grandes son más montaraces que los pequeños, sin duda porque han sido en todas partes, y siempre mucho más perseguidos por el hombre. La prueba de que esta diferencia no obedece á otra causa es que, en las islas deshabitadas, los pájaros grandes no son más medrosos que los demás (2).

Cuando el animal es educable, es decir, cuando sus instintos primitivos pueden ser modificados, es necesario todavía por lo general, de tres á cuatro generaciones para fijar los resultados de la educación ó impedir la reaparición de los instintos salvajes. Si se intenta que empollen las ocas domesticadas huevos de patos salvajes, éstos, apenas salidos del cascarón, obedecen al instinto de su raza y echan á volar, y si se consigue retener algunos para la reproducción, es necesario esperar algunas generaciones antes de obtener patos domésticos. Las yeguas libres ó salvajes se prestan á observaciones del mismo género. No se doman, sino con mucho trabajo, los productores de estas yeguas, y aun así, después de haber sido domados, son todavía más indóciles que los caballos nacidos en estado doméstico.

No sucede esto mismo con los mestizos de caballos salvajes y yeguas domésticas, ó con los renos domésticos y los renos salvajes, cuyos productos no guardan esta indocilidad y no necesitan tres ó cuatro generaciones para perder enteramente las cos-

(1) Knight, *On the hereditary propensities of animals* (Philos. Trans., 1837, pág. 365). Diversos hechos, recogidos por Weissehorn, prueban que la prudencia llega á ser instintiva en las avutardas, cuando estos pájaros habitan una comarca en que los cazadores son numerosos. (Milne Edwards, tomo XIII, pág. 458.)

(2) Darwin, *Origine des espèces*, cap. VIII.—P. Lucas, II, 482.

tumbres salvajes de su estado primitivo. Por el contrario, los potros que provienen de padre ó madre bien dirigidos, nacen con frecuencia con una aptitud marcada para la equitación; los picadores han llegado á proponer que no se admita para la reproducción más que sujetos ya amaestrados en los circos.

El hombre, en su origen, no ha amaestrado á los animales actualmente domésticos sino á fuerza de trabajo, y sus esfuerzos habrían sido infructuosos si la herencia no hubiera venido en su auxilio. Se puede decir que, cuando ha conseguido modificar á su gusto un animal salvaje, hay en la descendencia de este animal como una lucha silenciosa entre dos herencias: una que tiende á fijar las modificaciones adquiridas, otra que tiende á conservar los instintos primitivos. Con frecuencia ésta vence, y sólo después de varias generaciones es cuando la educación puede estar segura de su victoria. Pero lo que se debe señalar en ambos casos es que la herencia conserva siempre sus derechos.

En los animales superiores, que tienen no solamente instinto, sino inteligencia, es muy frecuente ver que las disposiciones mentales manifestamente adquiridas se fijan por la memoria hasta el punto de confundirse con el instinto por sus caracteres de ingenuidad y de automatismo. Se ve á perros jóvenes quedar en espera la primera vez que se les lanza, y mejor, muchas veces, que otros largo tiempo ejercitados. El salvamento es hereditario en las razas adiestradas con este objeto, como en los perros de pastor la costumbre de dar vueltas alrededor del rebaño y de correr tras él.

Knight ha demostrado de una manera experimental que el proverbio «bon chien chasse de race» es verdadero. Tomó precauciones para que los perros jóvenes, llevados por primera vez á caza, no pudiesen, en nada, ser dirigidos por los mayores. Sin embargo, desde el primer día, he aquí lo que resultó: Uno de ellos permaneció temblando de ansiedad, los ojos fijos, los músculos rígidos ante las perdices que sus padres estaban adiestrados á detener. Un perdiguero, perteneciente á una raza adiestrada para la caza de la chocha, supo muy bien, desde su primera salida, conducirse del mismo modo que un perro viejo, evitando los terrenos helados en que es inútil buscar la caza, á causa de la ausencia de todo rastro. Por último, un perro ratonero, de raza adiestrada para la caza de garduñas, se enfureció la primera vez que se encontró próximo á uno de estos animales, mientras que el perdiguero estaba perfectamente tranquilo (1).

La primera vez que se lleva á un bosque de América á los descendientes de perros educados de larga fecha á la peligrosa caza del tejasú, saben como su padre, y sin instrucción alguna, la táctica que tienen que seguir. Además, estos perros son de origen extranjero; pero, aclimatados desde largo tiempo, en el valle de la Magdalena. Los perros de otras razas que no saben nada, por vigorosos que sean, son desde luego devorados. Los lebreles de América, en lugar de coger los ciervos saltándoles al cuello, los atacan por el vientre y los tumban del mismo modo que sus antepasados habían sido adiestrados á hacerlo para la caza de las Indias (2).

Así, pues, la herencia transmite las modificaciones adquiridas como los instintos llamados naturales; siempre hay una diferencia importante que notar: la herencia de los instintos no tiene excepción; la de las modificaciones ofrece muchas. No sucede esto más que cuando las variaciones están sólidamente establecidas, cuando habiendo

(1) Knight, *op. cit.*

(2) Roulin, *Annales des sciences naturelles*, tomo XVI, 27.

llegado á ser orgánicas forman una segunda naturaleza que ha suplantado la primera, y cuando han tomado, como el instinto, un carácter mecánico: solamente entonces pueden ser transmitidas sin excepción.

IV

Estos hechos, á los que se podrían añadir otros (1), prueban que, en épocas cuya fecha se puede indicar aproximadamente, ciertas disposiciones psíquicas han sido adquiridas por los animales. Estas disposiciones, resultado de una variación espontánea, ó de un cambio de medio, ó de la experiencia del animal, ó de la acción del hombre, han sido fijadas en la raza y no se distinguen casi de los instintos. La antigüedad entera, ¿no ha admitido que es un instinto natural el que impulsa al perro el ladrar? Y en nuestros días se cree en ello generalmente. Sin embargo, el ladrido y sus variedades son resultado de la domesticación; son hábitos hereditarios, adquiridos y transmitidos por una larga serie de generaciones anteriores que han vivido al lado del hombre. El perro en estado salvaje no ladra: aulla y hace madrigueras.

Desde luego se presenta una cuestión: si los instintos mucho tiempo considerados como primitivos son adquiridos, á no dudarlo, ¿por qué no ha de decirse lo mismo de los restantes? ¿Qué razones tenemos para creer que, con auxilio de las circunstancias, no se forman todos á su tiempo y después se fijan y establecen? De este modo todos serían adquiridos y no habría entre ellos diferencias de antigüedad.

Este problema no se ha propuesto hasta estos últimos tiempos, lógicamente traído por el gran debate sobre el origen y la variación de las especies. Está claro que sobre esta cuestión abierta, vivamente discutida entre los maestros, quizá insoluble, no tenemos la pretensión de decir nada. No se trata aquí de exponer una hipótesis, sino que, estando fundada esta hipótesis en la herencia y atribuyéndole un papel de primer orden, no podemos pasarla en silencio.

CH. RIBOT.

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Supresión del dolor, sin sueño y sin peligro.—Las inyecciones de cocaína en la espina dorsal.—Experimentos concluyentes en Chicago.—Insensibilidad general.—Observaciones del doctor Koller.—Insensibilidad local.—Aplicaciones á la ocultística.—El cloruro de metileno.—El paraldehído y el cloral.

El cloroformo se halla adoptado universalmente en cirugía para producir la anestesia; pero si con él se logra suprimir el dolor, no se consigue siempre evitar todo peligro, especialmente cuando se trata de operar pacientes afectos de enfermedades del corazón.

En un hospital americano, un cirujano de Chicago acaba de hacer experimentos concluyentes, que tienden á evitar ese peligro; trátase de reemplazar el uso del cloroformo por inyecciones de cocaína en la espina dorsal. De ese modo se ha conseguido insensibilizar un enfermo á quien debía amputarse una pierna, y que, afecto al mismo tiempo de una enfermedad del corazón, era en extremo peligrosa la anestesia por los procedimientos ordinarios.

(1) Darwin, *La descendencia de l'homme*, etc., tomo I, pág. 43.

El experimento de Chicago ha tenido un éxito perfecto; sólo diez minutos antes de terminar la operación, se notó en el paciente tendencia al desvanecimiento, y entonces se le administró una dosis muy débil de cloroformo; siendo de notar que en todo el tiempo anterior conservó la plenitud del conocimiento y declaraba que ni siquiera sentía la acción del cuchillo. De tal modo era persistente el efecto de la cocaína, que la insensibilidad del muñón persistió más de una hora después de la operación.

Hizose otra operación, de las más peligrosas, á una mujer, la cual no sufrió el más insignificante dolor.

Con el uso de la cocaína se ha llegado, pues, á producir una insensibilidad general sin necesidad de adormecer al enfermo, lo que constituye un progreso considerable.

Hasta el presente sólo se había conseguido una insensibilidad local por medio de ese notable alcaloide, cuyo descubrimiento por Niedermann se remonta al año 1869, aunque las propiedades anestésicas de la cocaína fuesen ignoradas hasta que el doctor Koller, de Viena, las descubrió en 1884.

El doctor austriaco demostró que este alcaloide de la coca, puesto en contacto con la córnea, permite practicar sin dolor cierto número de operaciones que la sensibilidad excesiva de este órgano hacía antes excesivamente difíciles.

A partir de esta época, los oculistas de todo el mundo comenzaron á experimentar la cocaína, y todos se hallan actualmente de acuerdo para atestiguar la exactitud de las observaciones del doctor Koller.

En una excelente Memoria publicada por el doctor Darien, se manifiestan los grandes servicios prestados por la cocaína en oculística: anestesia completamente la córnea tres ó cuatro minutos después de una instilación de dos gotas de una solución de 2 por 100 de clorhidrato de cocaína; esta anestesia dura de cinco á diez minutos, y puede prolongarse más tiempo por medio de nuevas instilaciones.

La conjuntiva se anestesia más lentamente, necesitándose dos ó tres instilaciones sucesivas para que pueda tocarse esta mucosa sin dolor.

Así anestesiado el ojo, pueden extraerse, sin dificultad, los cuerpos extraños implantados en la córnea, tarea tan delicada y difícil, hacer el tatuaje de los leucomas de la córnea, etc. Por lo mismo la operación del estrabismo, sujetar la conjuntiva con la pinza de fijación, la sección de la córnea, etc., se hace casi sin dolor. Los primeros tiempos de la operación de la catarata se facilitan también admirablemente con el uso de la cocaína.

Este alcaloide tiene casi todas las ventajas de la atropina, sin tener ninguno de sus inconvenientes. Dilata la pupila sin paralizar la acomodación, y es utilísimo en el examen, á veces indispensable, del fondo del ojo.

Pero todos esos servicios, por importantes que sean, se refieren á fenómenos de insensibilidad local, y son poca cosa comparados á los que ese bienhechor alcaloide prestará á la humanidad como consecuencia de los experimentos de Chicago.

Antes de dichos experimentos, se había tratado de reemplazar ventajosamente el cloroformo por otros productos igualmente enérgicos, pero menos peligrosos. Los peligros, felizmente raros, que hace correr la inhalación del cloroformo, los límites estrechos que separan las dosis terapéuticas de las mortales, los accidentes gástricos que frecuentemente acompañan ó siguen á su administración, habían conducido á gran número de fisiólogos á buscar un agente inofensivo dotado de sus preciosas propiedades; pero sus tentativas no habían, hasta el presente, obtenido éxito feliz; llegábase, con tal ó cual producto, á disminuir los peligros y las consecuencias de la aplicación

del cloroformo, pero disminuían, casi siempre á la vez, el necesario poder anestésico.

Entre los rivales del cloroformo hay uno, el cloruro de metileno, que ha conservado aún algunos partidarios entre químicos y cirujanos.

Sin embargo, es necesario examinar, detenida y desapasionadamente, si esa sustitución no es demasiado aventurada. Porque el hecho es que, comparando los efectos producidos en animales cloroformizados y en los mismos animales anestesiados con el cloruro de metileno puro, salta á la vista un contraste notable en el conjunto de síntomas que acompañan á la insensibilidad.

La influencia del cloroformo produce con la anestesia una resolución general, preciosa para las aplicaciones de este agente á las operaciones quirúrgicas, en tanto que el cloruro de metileno trae consigo un estado de contracción persistente después de la inhalación. Estos resultados suelen alternar á veces con movimientos y crisis epileptiformes, de tal modo terribles, que obligarán á la supresión definitiva del cloruro de metileno, y la supresión será facilísima hoy que el nuevo método de inyección de cocaína en la espina dorsal se universalizará rápidamente, según las más razonables probabilidades.

Así como se han buscado sucedáneos al cloroformo, se ha tratado también de substituir por otros agentes un compuesto destinado á producir el sueño; pero únicamente con el propósito de combatir el insomnio y sin producir la insensibilidad, y el cloral llenaba ese cometido; pero al cloral se le reprocha el dolor de cabeza y la pesadez que ocasiona al despertar.

Entre los diversos sucedáneos hallados, descuella el paraldehído, que se obtiene fácilmente por la acción recíproca del aldehído y de agentes químicos como el ácido sulfuroso, el ácido sulfúrico ó el cloruro de cinc, condensando por enfriamiento el producto formado, que se disuelve en agua en la proporción de una parte por nueve á doce grados.

La acción calmante del paraldehído es casi la misma que la del cloral; pero le aventaja en que procura un sueño tranquilo y regular, sin producir modificaciones sensibles en la respiración y circulación, y se despierta sin dolor de cabeza ni pesadez.

Hay que tener en cuenta, no obstante, que mientras el cloral calma frecuentemente el dolor sin producir el sueño, el paraldehído es impotente contra los fenómenos dolorosos; débesele emplear, pues, exclusivamente en los casos de insomnio.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

PARIS

(Continuación.)

—Ni un gato que castigar—repitió Duvillard, á quien la cabeza de Duthil divertía mucho—; y por otra parte, mi buen amigo, todos sabemos que los gatos caen siempre de pie... ¿Ha visto usted á Silviana?

—Ahora salgo de su casa; la he encontrado furiosa contra usted porque ha sabido que su asunto de la Comedia es negocio al agua.

Un acceso de cólera enrojeció bruscamente el rostro del barón; él, que se mostraba siempre tan sereno é irónico ante la amenaza del escándalo de los Caminos de hierro africanos, perdía el tino y la sangre le hervía apenas se trataba de aquella joven, última pasión imperiosa de sus sesenta años.

—¡Cómo al igual!—exclamó.— Anteayer mismo me hicieron otra vez una promesa casi formal en el Palacio de Bellas Artes.

Era un capricho tenaz el de aquella Silviana de Anlnay, que hasta entonces no había obtenido triunfos en el teatro más que por su belleza y que se obstinaba en ser admitida en la Comedia Francesa para debutar con el papel de Paulina en *Poliuto*, papel que estudiaba con afán hacía algunos meses. Esto parecía una locura y todo París se reía de ello, porque Silviana tenía renombre por su abominable perversión, por sus vicios y aficiones; pero la dama insistía con soberbia, exigiendo que se le confiara aquel papel, segura de vencer.

—El ministro es quien lo ha querido—explicó Duthil.

—¡El ministro, el ministro!—exclamó el barón sofocado de cólera.— ¡Ah! ya le haré yo saltar á ese ministro!

Pero hubo de callarse, porque la baronesa Duvillard entraba en el saloncito. A los cuarenta y seis años era hermosa aún; muy rubia, alta, pero un poco gruesa, con hombros y brazos que se conservaban admirables y la piel sedosa y limpia; tan sólo su rostro se marchitaba ligeramente, presentando ya manchas rojizas, lo cual era su tormento y su preocupación de todas las horas. Su origen hebreo se revelaba en la faz un poco prolongada, en su extraño encanto y en los ojos azules de voluptuosas dulzura. Perezosa como una esclava de Oriente, desagradábase moverse, andar y hasta hablar, y parecía propia para el harém por lo mucho que cuidaba de su persona. Aquel día vestía toda de blanco, luciendo un traje de seda, notable por su delicada sencillez.

Duthil la cumplimentó alegremente besando su mano.

—¡Ah! señora, usted me rejuvenece un poco el alma, porque París está muy negro y cenagoso hoy.

Pero un segundo convidado llegaba, hombre alto, de hermoso aspecto, de treinta y cinco á treinta y seis años; y el barón, á quien su pasión agitaba, se aprovechó de la ocasión para escapar, llevándose á Duthil á su gabinete, que estaba contiguo, y diciendo:

—Venga usted un instante, amigo mío, pues aún debo manifestarle algo sobre el asunto en cuestión... El señor Quinsac hará un momento compañía á mi esposa.

Y apenas la dama estuvo sola con el recién venido, que también había besado su mano muy respetuoso, le miró detenidamente largo rato, mientras que sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas; pero después del profundo silencio que se había seguido, acabó por decirle en voz baja:

—¡Gerardo mío, qué feliz soy al verme un momento sola con usted! Ha transcurrido más de un mes sin que me haya proporcionado esta dicha.

Las circunstancias que habían concurrido para que Enrique Duvillard se casase con la segunda hija de Justo Steinberger, el gran banquero judío, era toda una historia que se había conservado como leyenda. Lo mismo que los Rothschild, los Steinberger fueron en un principio cuatro hermanos, Justo en París, y los otros tres en Berlín, Viena y Londres, lo cual comunicaba á su asociación secreta un poder formidable, una soberanía internacional y todopoderosa en los mercados financieros de Europa. Justo, no obstante, era el menos rico de los cuatro, y tenía en el barón Gregorio un adversario temible, contra el cual debía luchar cuando se trataba de grandes empresas. A consecuencia del encuentro terrible entre ellos, después de la dura repartición del botín, ocurrióle la profunda idea de dar en casamiento, como si fuera un

juguete, a su hija segunda, Eva, con el hijo del barón, Enrique. Hasta entonces, este último había pasado por ser tan sólo un joven amable, aficionado a la equitación, y hombre de club; y a la muerte del temido barón, el cálculo de Justo estaba sin duda condenado ya, teniendo por objeto este cálculo apoderarse del Banco rival si no quedaba al frente de él más que un yerno fácil de vencer. Precisamente Enrique se había enamorado de la rubia belleza de Eva, entonces brillante, que le inspiraba una pasión violenta; habíala querido, y el padre, que conocía bien a su hijo, consintió, muy satisfecho en el fondo, del execrable negocio que Justo hacía. Eva llegó a ser, en efecto, desastrosa para este último, cuando Enrique, que sucedió a su padre, se reveló como hombre de rapiña que antes no pensaba sino en los placeres, y que acaparó para sí la mejor parte en la explotación de los apetitos desencadenados de la democracia de la clase media, dueña al fin del poder. Eva no se había comido los bienes de Enrique, el cual llegó a ser a su vez el banquero todopoderoso, el barón Duvillard, más dueño que nunca del mercado, sino que el barón era quien había devorado en menos de cuatro años cuanto su esposa tenía. Después de haber dado ésta a luz dos niños, varón y hembra, habíase alejado de Eva bruscamente durante su última preñez, como si hubiera sentido repugnancia después de su ardimiento para poseerla, como se hace con el fruto que se arroja cuando ya está uno harto. En un principio, Eva se sorprendió y desconsoló por aquel abandono, al saber que el barón volvía a su vida de soltero y que amaba a otra mujer; pero después, sin recriminación de ninguna especie, sin cólera, y sin tratar siquiera de reconquistarle, había buscado también un amante. No podía vivir sin que la amaran; no había nacido seguramente más que para ser bella, agradar y pasar la vida en brazos de un hombre que la adorase y acariciara. Conservó más de quince años el amante que había elegido a los veinticinco, y le fué completamente fiel, como lo habría sido a su esposo. Cuando murió, esto fué para ella una profunda tristeza, una verdadera viudez; y seis meses después habiendo encontrado al conde Gerardo de Quinsac, no pudo resistir de nuevo a su necesidad de amar, y se entregó.

—Mi buen Gerardo—continuó con su aire de amorosa maternidad, viendo al joven confuso—, ¿ha padecido usted? ¿Me oculta algún contratiempo?

Eva contaba diez años más que él, y esta vez aferrábase desesperada a este último amor, adorando con toda su alma al bello joven, irritada porque ella envejecía, y dispuesta a luchar para conservarle, a pesar de todo.

—No, aseguro a usted que no la oculto nada—contestó el conde.— Mi madre me ha tenido muy ocupado estos días.

Y Eva seguía mirándole con inquieta pasión; parecíale de grandioso y noble aspecto, con su rostro regular, el cabello y el bigote de color castaño, y siempre muy bien cuidado. Pertenecía a una de las más antiguas familias de Francia, y vivía con su madre, viuda arruinada por un esposo de espíritu aventurero, la cual conservaba su categoría en un piso bajo de la calle de Santo Domingo, donde percibía una pensión de quince mil francos no más. En cuanto a Gerardo Quinsac, no había hecho nada jamás; se contentó con un año de servicio obligatorio, y renunció a las armas, así como renunciaba a la carrera diplomática, única que se le ofrecía dignamente. Pasaba sus días en esa ociosidad tan ocupada de los jóvenes que observan la vida de París; y su misma madre, altiva y severa, parecía dispensarle, como si considerara que bajo la república un hombre de su clase debía mantenerse separado como por protesta; pero sin duda tenía razones más íntimas y angustiosas para mostrarse indul-

gente. Había estado á punto de perder su hijo, cuando éste contaba siete años, á consecuencia de un fiebre cerebral; á los dieciocho se quejaba mucho de mal de corazón, y los médicos recomendaron que se tuvieran con él las consideraciones posibles en todas las cosas. A pesar del noble aspecto de raza, de su elevada estatura y de su aire altivo, la madre sabía que esto no pasaba de ser ficticio; que el joven no era más que polvo, siempre amenazado, como los demás, de las enfermedades y de la muerte; y que en el fondo de su aparente irritabilidad no había más que indolencia, un ser débil y bondadoso, susceptible de todas las flaquezas. Durante una visita hecha con su madre, muy piadosa, al Asilo de los Inválidos del trabajo, había encontrado á Eva por primera vez; ella le aceptó, concediéndole su amor; y él seguía frecuentando su casa, porque aún le parecía hermosa aquella mujer y no sabía cómo dejarla. La madre de Gerardo cerraba los ojos sobre aquellas relaciones culpables, en un mundo que despreciaba, como los había cerrado ya sobre tantas otras locuras que le perdonaba como á un niño enfermo. Después Eva la conquistó por un acto que acababa de asombrar al mundo. De repente se supo que monseñor Martha la había convertido al catolicismo; de modo que lo que no concedió al esposo legítimo acababa de hacerlo á fin de asegurarse para siempre el amor de un amante. Y todo París estaba impresionado aún por la magnificencia desplegada en la Magdalena para el bautismo de aquella judía de cuarenta y cinco años, cuya belleza y cuyas lágrimas habían conmovido los corazones.

A Gerardo le lisonjeó aquella ternura llena de abnegación; pero el cansancio llegaba; había intentado romper sus relaciones, rehuyendo las citas; y comprendía muy bien lo que ella pedía con sus ojos suplicantes.

—Aseguro á usted—repitió débilmente ya—que mi madre no me ha dejado un solo día libre. Naturalmente, yo hubiera sido tan feliz...

Sin decir una palabra, Eva continuaba implorando, y algunas lágrimas asomaron al borde de sus párpados. Hacía un mes largo que no la había recibido en la reducida habitación de la calle de Matignon, en el fondo de un patio, donde se encontraban siempre. Y bueno y débil como ella, desesperado de aquel minuto en que los habían dejado solos, cedió al fin, incapaz de rehusar más.

—¡Pues bien! esta tarde, si usted quiere, á las cuatro, como de costumbre.

Había bajado la voz; pero un ligero ruido le hizo volver la cabeza con el estremecimiento de un hombre á quien se coge en falta. Era Camila, la hija de la baronesa, que entraba en aquel momento; no había oído nada, mas por la sonrisa de los dos amantes, por su mismo aspecto agitado, acababa de comprenderlo todo; otra cita allá abajo, en la calle que ella sospechaba, y en aquel mismo día. Esto produjo cierto mal-estar, y un cambio de miradas malignas é inquietas.

A los veintitrés años, Camila era una personita de tez morena, medio contrahecha con el hombro izquierdo más alto que el derecho; y no tenía nada de su padre ni de su madre, por uno de esos accidentes imprevisos en la herencia de una familia, y que no se comprende de dónde pueda provenir. Su único orgullo se cifraba en sus hermosos ojos negros y en su admirable cabello del mismo color, que, gracias á su escasa estatura, según decía ella, hubiera bastado para vestirla. Pero la nariz era larga, el rostro desviado á la izquierda, con facciones irregulares, y la barba puntiaguda. La boca, muy fina y agraciada, pero de expresión maligna, revelaba el rencor concentrado, la cólera perversa reprimida en el fondo de aquella fealdad que encolerizaba á la joven. Seguramente, el ser á quien más aborrecía en el mundo era su madre, tan amorosa

para los demás y que tan poco lo había sido para ella, que jamás se ocupó de ella, después de abandonarla, desde la cuna, en manos de las criadas. De este modo se había desarrollado un odio verdadero entre aquellas dos mujeres, mudo y frío en la una, activo y apasionado en la otra; la hija odiaba á su madre porque le parecía hermosa, y acusábala de no haberla dado el ser á su imagen, resintiéndola su belleza. Su tormento de cada día era ver que no la deseaban, comprendiendo que su madre merecía aún la preferencia. Como su malignidad era divertida, escuchaban sus palabras y reíanse; pero las miradas de todos los hombres, hasta de los más jóvenes, fijábanse después en aquella madre triunfante, que no quería envejecer. Y entonces fué cuando resolvió, en su perversa voluntad, robar á su madre el último amante, casándose, si era posible, con aquel Gerardo, cuya pérdida la mataría, sin duda. Gracias á sus cinco millones de dote, no le faltaban pretendientes; pero poco lisonjeada, solía decir con su mala sonrisa: «¡Cáspita, por cinco millones irían á elegir una en la Salpetrière, en esa casa de locos!» Después, comenzó á amar á Gerardo, que por bondad de alma se mostraba afectuoso con Camila; compadeciase de verla desechada; y poco á poco dejábase llevar de la ternura y agradecimiento que ella le manifestaba, dándose por feliz él, hombre guapo, de ser el dios de aquella joven, de tenerla por esclava. Y en su tentativa de rompimiento con la madre, pesada ya para sus brazos, entraba ciertamente la idea de permitir que la hija se casara con él, lo cual era en suma un enlace muy dulce, aunque él no se lo confesara aún, avergonzado, inquieto, sin duda, por su nombre ilustre, y por todas las complicaciones y las lágrimas que preveía.

El silencio continuó. Camila, con su mirada penetrante y mortífera como un cuchillo, había indicado á su madre que todo lo sabía; después se quejó á Gerardo con otra muy dolorosa, y éste, para restablecer el equilibrio entre las dos mujeres, no encontró más que un cumplido.

—¡Buenos días, Camila!... ¡Ah! ¡qué lindo traje Habanal! ¡Es verdaderamente admirable lo bien que la sientan los colores un poco oscuros!

Camila dirigió una ojeada al vestido blanco de su madre, y después miró el suyo, que apenas dejaba ver el cuello y las muñecas.

—Sí—contestó sonriendo—; solamente soy pasadera cuando no me visto de joven.

Eva, inquieta y temerosa de que se desarrollase una rivalidad en la que aún no quería creer, cambió de conversación.

—¿Está tu hermano ahí?

—Sí; hemos bajado juntos.

Jacinto, que entraba en aquel momento, estrechó la mano de Gerardo con aire de fatiga. Contaba veinte años, y tenía de su madre el cabello rubio pálido, la faz prolongada de tipo oriental; y de su padre los ojos grises, los labios gruesos y los apetitos sin escrúpulo. Escolar execrable, había resuelto no hacer nada, despreciando por igual todas las profesiones; y mimado por su padre, interesábase en la poesía y la música; vivía en medio de un mundo extraordinario de artistas, de muchachas, de locos y de bandidos; muy fanfarrón, ensalzaba los vicios y los crímenes; afectaba horror á la mujer, profesando las peores ideas filosóficas y sociales; buscaba siempre los extremos, siendo sucesivamente colectivista, individualista, anarquista, pesimista, simbolista y hasta sodomita, sin dejar de ser católico, por el buen tono supremo. En el fondo no era nada, y pecaba un poco de necio.

EMILIO ZOLA.

(Se continuará.)

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)

SECCIÓN LIBRE

ORIGEN DE LAS IDEAS SOBRE LA DIVINIDAD

I

El mal es necesario al hombre; sin el mal, no conocería el bien, no juzgaría de nada, no tendría elección, ni voluntad, ni pasión, ni deseos; carecería de motivos para amar y temer; sería un autómatas; en una palabra, no sería un hombre.

El mal que ve en el mundo es el que le ha hecho pensar en la divinidad. Una multitud de males, accidentes, enfermedades, desastres, estremecimientos de nuestro globo, alteraciones, inundaciones é incendios excitaron los temores de los hombres. ¿Qué ideas pudieron formarse de las causas irresistibles que producían efectos tan extensos? No calcularon que la Naturaleza fuese el autor del desorden que ella misma experimentaba, y entonces fué cuando no viendo sobre la tierra agentes bastante poderosos para operar estos efectos, levantaron los ojos al cielo, donde supusieron que residían los agentes desconocidos, cuya enemistad destruía aquí abajo su felicidad.

La idea de estos agentes tan poderosos estuvo siempre asociada á la del terror.

Nunca juzgamos de los objetos que ignoramos, sino por los que conocemos. El hombre, pues, mirándose á sí mismo, dió una voluntad, inteligencia, designios, proyectos, pasiones, etc., á toda causa desconocida que sintió obrar en él. Como él se encontró sensible á las sumisiones y á los presentes, empleó estos mismos medios para ganar la divinidad.

El cuidado de las ofrendas se confió á los ancianos, y éstos lo hacían con gran aparato; esto se conservó, y después se hizo costumbre. De este modo se formó el culto y el sacerdocio.

Estos sistemas han sido modificados por el espíritu humano, cuya esencia es trabajar incesantemente sobre los objetos desconocidos, á los que regularmente principia por darles una importancia muy grande, y que no se atreve después á examinar á sangre fría.

Por una consecuencia de estas ideas, la Naturaleza se halló despojada de todo poder. El hombre no pudo concebir cómo esta Naturaleza le hacía sufrir si no estuviese movida por una potencia enemiga de su felicidad, que tuviera razón para afligirlo y castigarlo.

II

DE LA MITOLOGÍA Y DE LA TEOLOGÍA

Las primeras adoraciones de los hombres se tributaron á la Naturaleza; no se les habló de ella sino por alegorías, y se personificaron todas sus partes. Esto originó un Saturno, un Júpiter, un Apolo, etc. El vulgo no adivinó que lo que se había sobrecargado de alegorías no era más que la Naturaleza, sus partes y sus operaciones. No pasó mucho tiempo sin que se desconociese el origen de donde se habían tomado estos dioses. Se hizo de su energía un ser incomprensible, que se llamó el motor de la

Naturaleza. De este modo se la distinguió de sí misma, y ya no fué mirada sino como una masa incapaz de obrar.

Fué preciso, por consiguiente, revestir esta fuerza motriz con algunas cualidades. Como no se veía este ser, se hizo de él un espíritu, una inteligencia, un ser incorpóreo, es decir, una substancia enteramente diferente de la que conocemos. Los hombres no podían dar á este ser otras ideas que las que tenían de sí mismos, y así fué que todo lo que miraban en ellos lo consideraron como perfecciones divinas.

Se le atribuyó desde luego una bondad, una sabiduría y un poder sin límites, según el orden que se creyó ver reinar en la Naturaleza, y según los maravillosos efectos que en ella se obraban.

Pero por otra parte, ¿cómo dejar de atribuirle la malicia, la imprudencia y el capricho, á la vista de los desórdenes y de los males de que el mundo es tantas veces teatro? Creyeron deshacer la dificultad creándola enemigos; este es el origen de los ángeles rebeldes. A pesar de su omnipotencia, no pudo reducirlos; en el mismo caso se le supone aun con los hombres que le ofenden.

Sin embargo, creyendo de este modo indicar las causas de las miserias humanas, no podían desentenderse que muchas veces los hombres justos habían sido envueltos en los castigos de Dios.

Se pretendió, por consiguiente, que habiendo pecado el hombre, Dios podía vengarse sobre los inocentes; todo esto á ejemplo de los inicuos soberanos, cuyos castigos se proporcionan más bien á la grandeza y poder del ofendido, que al tamaño y realidad de la ofensa.

Los hombres peores han servido de modelo á Dios, y el más injusto de los gobiernos fué el dechado de su administración divina.

III

IDEAS CONFUSAS Y EXTRAORDINARIAS DE LA TEOLOGÍA

Dios, dicen, es bueno; pero Dios es el autor de todas las cosas; es preciso, por consiguiente, atribuirle todos los males que afligen la especie humana. El bien y el mal suponen dos principios, ó es menester que convengamos que si es el mismo, es altamente bueno y malo.

Se nos dice que es justo, y que los males son el castigo de las injurias que ha recibido de los hombres. Así vemos que el hombre tiene poder para hacer sufrir á su Dios; pero para ofender á cualquiera es menester que haya relaciones entre los dos. Ofender á cualquiera es hacerle experimentar un sentimiento de dolor; y cómo una débil criatura que ha recibido su ser de Dios, puede obrar contra la voluntad de una fuerza irresistible, que no consiente nunca el desorden ni el pecado?

La justicia supone una disposición de dar á cada uno lo que es debido, y sin embargo, se nos dice que Dios no nos debe nada, y que puede sin ofender su equidad, sumergir la obra de sus manos en la miseria. Estos males, nos dicen, son pasajeros, no tendrán más que un tiempo; castiga á sus amigos por su propio bien; pero si es bueno, ¿puede hacerlos sufrir ni aun por un tiempo? Si lo sabe todo, ¿qué necesidad tiene de castigar á sus favoritos, de quien nada tiene que temer? Si es todopoderoso, ¿por qué se inquieta de las vanas conspiraciones que se quieren hacer contra él?

¿Cuál es el hombre bueno que no desea hacer felices á sus semejantes? ¿Por qué no hace Dios la felicidad de los hombres? Ninguno está satisfecho de su suerte... ¿Qué responden á todo esto? Los juicios de Dios son impenetrables. En este caso, ¿con qué

derecho se quiere razonar sobre ellos? ¿sobre qué fundamento se les atribuye una virtud que no se puede penetrar? ¿Qué idea se podría formar de una justicia que no se parece nunca á la del hombre?

Su justicia está equilibrada por su clemencia, su misericordia, sus bondades; pero su clemencia es una derogación á su justicia. Si es inmutable, ¿cómo puede derogar un instante?

Dios, dicen, ha creado el mundo para su propia gloria. Pero siendo superior á todo, ¿tiene nada que hacer por su gloria? El amor de la gloria no es más que el deseo de adquirir reputación y dar una alta idea de sí mismo á los demás. Si es susceptible del amor de la gloria ¿por qué permite que se le ofenda? Para castigarnos de haber abusado de sus gracias. ¿Pero por qué permite que se abuse de sus gracias? ¿ó, por qué estas gracias no son suficientes para hacernos obrar según sus miras? Por eso me ha hecho libre. ¿Y por qué me ha concedido una libertad que sabía muy bien que yo había de abusar de ella?

En consecuencia de esta libertad, los hombres, la mayor parte de ellos, serán castigados eternamente por las faltas cometidas en este mundo. ¿Pero cómo puede ser justo que un crimen pasajero se castigue con suplicios eternos? ¿Qué diríamos de un rey que castigase sin término á un súbdito que, embriagado, hubiese ofendido ligeramente su vanidad, sin causarle ningún perjuicio real, y, sobre todo, cuando el mismo rey había tenido cuidado de embriagarlo? ¿Miraríamos como omnipotente á un monarca que á excepción de algunos pocos súbditos fieles, sufriera todos los días que el resto menospreciase sus leyes, le insultase y frustrase sus voluntades?

A esto se nos responde que las cualidades de Dios son tan eminentes y tan poco parecidas á las nuestras, que no tienen ninguna relación con estas mismas cualidades cuando se encuentran en los hombres. Pero en este caso, ¿cómo hemos de formar idea de ellas? ¿Por qué la teología pretende anunciarlas?

Pero Dios ha hablado, y él mismo se ha dado á conocer á los hombres. ¿Cuándo y á quién? ¿Dónde están estos divinos oráculos? En colecciones absurdas y discordantes. Yo hallo en ellas que el Dios de la sabiduría ha hablado un lenguaje obscuro, insidioso é irracional; que el Dios de la bondad ha sido cruel, sanguinario; que el Dios de la justicia ha sido injusto y parcial, que ha ordenado la iniquidad, y, por último, que el Dios de la misericordia destina para las víctimas de su cólera los más horribles castigos.

En las relaciones entre los hombres, no hay ninguna proporción; sin proporciones no hay relaciones. Si Dios es incorpóreo, ¿cómo obra sobre los cuerpos? ¿Cómo pueden los cuerpos obrar sobre él, ofenderlo, alterar su reposo y excitarle movimiento de cólera? Si el alfarero se irrita contra el vaso que él mismo ha hecho, por haberlo formado mal, ¿no sería más justo que su enojo recayese sobre sí mismo?

Si Dios no debe nada á los hombres, éstos, por consiguiente, nada deben á Dios. No hay relaciones que no sean recíprocas; los deberes están fundados sobre las necesidades mutuas. Si Dios no les da esta felicidad, todas las relaciones se destruyen.

Suponiendo en Dios todas las virtudes humanas en un grado de perfección indefinido, ¿se pueden éstas combinar con sus atributos metafísicos? Un puro espíritu, ¿cómo puede obrar como el hombre, que es un ser corpóreo? Un espíritu puro nada ve; ni oye nuestras súplicas, ni nuestros gritos, ni puede enternecerse de nuestras miserias, supuesto que se halla desprovisto de los órganos que se necesitan para que el sentimiento de la piedad pueda ejercitarse en nosotros. Siendo inmutable, sus dispo-

siciones no pueden cambiar. No es infinito, si la Naturaleza sin ser él, puede existir conjuntamente con él. No es poderoso, si permite ó no previene el mal y el desorden de este mundo. No se halla en todas partes, si no está en el hombre que peca, ó si se retira de él en el momento que comete el pecado.

La revelación probaría malicia. Toda revelación supone que Dios ha podido por mucho tiempo permitir que al género humano faltasen los conocimientos necesarios á su felicidad; es una predilección incompatible con su bondad, el hombre revelado á un número tan pequeño. La revelación destruiría su inmutabilidad, pues supondría que había hecho en un tiempo lo que no ha hecho en otro. Por otra parte, ¿qué es una revelación, es decir, misterio, que no se ha hecho para ser entendida? Con un solo hombre que no pudiese entenderla, no era menester más para establecer la justicia de Dios.

IV

EXÁMENES DE LAS PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS, DADAS POR CLARKE

Todos los hombres, dicen, están acordes sobre la existencia de un Dios, y la voz de la Naturaleza basta para convencerlos de ello: esta es una idea que nace en nosotros.

Lo que prueba que la idea de Dios es una noticia adquirida, es la naturaleza misma de esta noción, que varía de un siglo á otro, de un continente á otro, y de un hombre á otro. La prueba que es un error, es que los hombres han llegado á perfeccionar todas las ciencias que tenían un objeto real, y que la ciencia de Dios se ha quedado por todas partes en el mismo estado. No hay nada en el mundo sobre lo que los hombres estén más dividido.

Aunque cada nación tenga su culto, esto no prueba la realidad de este ser. La universalidad de su creencia no es una prueba de su verdad. ¿No ha creído todo el mundo en la magia y en las almas en pena ó aparecidos? ¿Antes de Copérnico, no se había creído que la tierra era inmóvil, y que el sol giraba alrededor de ella?

La idea de Dios y sus cualidades no tienen más fundamento que la opinión de nuestros padres, infundida en nosotros por la educación, por un hábito contraído desde la infancia, y fortificado por el ejemplo y la autoridad. De este modo, creemos que todo hombre lleva consigo al mundo la idea de la divinidad. Nos adherimos á esta idea sin habernos tomado jamás el trabajo de reflexionar sobre ella.

El doctor Clarke pasa por uno de los que han hablado de la existencia de Dios del modo más convincente; sus proposiciones se reducen á las siguientes:

I. «Alguna cosa ha existido eternamente.» Sí; no hay duda; pero ¿cuál es esta cosa? ¿por qué no es más bien la materia que un espíritu puro? Todo lo que existe supone desde luego que la existencia le es esencial. La que no puede anonadarse, existe necesariamente: tal es la materia; luego ella es la que siempre ha existido.

II. «Un ser independiente é inmutable ha existido eternamente.» ¿Cuál es, pues, este ser? ¿Es independiente de su propia esencia? No; porque no puede hacer que los seres que produce, ó que mueve, obren de otro modo, sino con arreglo á propiedades que les ha dado. Por otra parte, un cuerpo no es dependiente de otro sino cuando le debe la existencia y su modo de obrar. Sólo por este título podría ser la materia dependiente de él. Luego si existe de toda eternidad, no puede deber su existencia á ningún ser, si es eterna.

O existente por sí misma, es evidente que en esta cualidad encierra en sí misma en su naturaleza todo lo que se necesita para obrar; luego la materia, siendo eterna, no necesita de un motor.

¿Es inmutable? No; porque un ser inmutable no podría tener voluntades, ni producir acciones sucesibles. Porque si este ser ha creado la materia, ó producido el universo, hubo un tiempo en que quiso que esta materia y este universo existieran, y otro tiempo en que había querido lo contrario; luego no es inmutable.

III. «Este ser eterno, inmutable é independiente, existe por sí mismo.» Pero ¿por qué la materia que es indestructible, no existiría por sí misma?

IV. «La esencia del ser que existe por sí mismo es incomprendible...» Sí; pero también lo es la esencia de la materia; ésta, á lo menos, la vemos; pero la divinidad no podemos ni concebirla, porque no podemos examinarla por ningún lado.

V. «El ser que existe necesariamente por sí mismo, es necesariamente eterno.» Pero esta cualidad es común con la materia. ¿Por qué se obstinan en querer distinguir este ser del universo?

VI. «El ser que existe por sí mismo debe ser infinito y estar presente en todas partes.» Infinito, pase. Por lo que respecta á estar presente en todas partes, eso no; porque la materia ocupa á lo menos una porción del espacio, y debe excluir esta parte á la divinidad.

VII. «El ser que existe necesariamente, es único.» Si no hay nada fuera de semejante ser, bien se deja ver que es preciso que sea único; ¿pero se puede negar la existencia del universo?

VIII. «El ser existente por sí mismo, es necesariamente inteligente.» Pero la inteligencia es una cualidad humana. Para tener inteligencia es menester pensar; es preciso tener sentidos; cuando hay sentidos, suponen materia, y lo que es material no puede ser espíritu puro. ¿Pero este ser, este gran todo, tiene una inteligencia particular que le mueva? Esto es lo que nada puede probar. ¿Por qué no se ha de conceder esta inteligencia á la Naturaleza, supuesto que encierra en sí seres inteligentes?

IX. «El ser existente por sí mismo es un agente libre.» ¿Pero no encuentra obstáculos en la ejecución de sus proyectos? ¿Quiere que el mal suceda, ó no puede impedirlo? En este caso, ó no es libre, ó consiente en el pecado. Además, que no puede obrar sino en consecuencia de las leyes de su existencia. Su voluntad es necesitada ó obligada por la sabiduría y las miras que se le suponen. Luego no es libre.

X. «La causa suprema de todas las cosas, posee una tendencia infinita.» Pero si el hombre es libre de pecar, ¿cuál es la potencia infinita de Dios?

XI. «El autor de todas las cosas, debe ser necesariamente sabio.» Pero el autor de todo, lo es también de muchas acciones que juzgamos muy malas.

XII. «La causa suprema debe necesariamente poseer todas las perfecciones morales.» La idea de perfección es una idea abstracta: una cosa nos parece perfecta, relativamente á nuestro modo de ver. ¿Nos parece perfectamente buena cuando somos ofendidos de sus obras, y nos vemos precisados á quejarnos de los males que sufrimos? ¿Lo es, relativamente á sus obras, cuando al lado del orden vemos el desorden más completo?

Si se pretende que Dios no es nada de lo que el hombre puede conocer, y si nada se puede decir de él positivamente, permítase, á lo menos, dudar de su existencia. Si es incomprendible, ¿se nos culpará que no hayamos podido concebirla?

Se nos dice que el buen sentido y la razón bastan para convencernos de su existencia; pero también nos dicen que la razón es un guía infiel en estas materias. Además, que la convicción no es nunca más que el efecto de la evidencia y la demostración.

V

DEL DEISMO; SISTEMA DEL OPTIMISMO Y DE LAS CAUSAS FINALES

Si Dios existiese, ¿qué podría resultar para la especie humana, aun suponiéndole inteligencia y designios? ¿Qué relación puede tener un ser semejante con nosotros? Los buenos ó malos efectos que nos imagináramos dimanar de su omnipotencia, de providencia, ¿dejarían de ser los efectos de su sabiduría, de su justicia y de sus decretos eternos? ¿Podremos suponer que cambiará su plan, con respecto á nosotros? Vencido por nuestras súplicas, ¿haría que el fuego dejase de quemar? Si está forzado á dar un libre curso á los acontecimientos que su sabiduría ha preparado, ¿qué podemos pedirle? Seríamos unos insensatos si tratáramos de oponernos.

El entusiasta feliz, me dirá, ¿por qué me quieren quitar un Dios á quien veo como un soberano lleno de bondad, de quien soy el favorito y que se ocupa de mi bienestar? Dejadme que le dé las gracias por sus beneficios. ¿Por qué, dirá el desdichado, quitarme un Dios cuya idea consoladora enjuga mis lágrimas?

Yo le respondería, preguntándole sobre qué funda la bondad que le atribuyen. ¿Es benéfico para todos los hombres? Para uno que vemos dichoso, ¿cuántos hay desgraciados! ¿Qué de calamidades afligen á los mortales, que mientras duran está sordo á nuestras súplicas! Será, pues, indispensable, que cada hombre juzgue de Dios según el modo particular de que esté afectado, y aun según las circunstancias.

Los entusiastas del optimismo parecen haber renunciado al testimonio de sus sentidos, para creer que está todo bien en la naturaleza, en donde vemos que el bien está sin cesar acompañado del mal. Además, para estar en estado de justificar á la divinidad de los males y desórdenes que vemos en el todo, que se supone su obra, sería menester conocer el objeto, porque si tuviera un objeto, una tendencia, un fin, ya no sería el todo.

Dios, continúan, sabrá hacernos ventajosos los males que nos deja experimentar en este mundo. Pero, ¿quién sabe? ¿Cómo podemos creer, que habiéndonos maltratado tanto aquí abajo, nos trate mejor en otra parte? ¿Qué bien real puede resultar de estas esterilidades y esta hambre que desolan la tierra?

Se han visto en la precisión de imaginar una vida nueva para disculpar la divinidad de los males que nos hace experimentar en ésta.

Los unos suponen que después que hizo Dios salir la materia de la nada, la abandonó para siempre al movimiento que entonces la imprimió; esto no ha necesitado de un Dios sino para crear la naturaleza; después de hecho esto, vive en una perfecta indiferencia para sus criaturas. ¿Pero este Dios no es un ser inútil para los hombres?

Otros suponen los deberes del hombre para con su criador. Algunos se imaginan que, siendo justo, debe recompensar y castigar; ellos hacen un hombre de su Dios. Pero estos atributos morales se desmienten á cada instante cuando se le supone el autor de todas las cosas, y, por consiguiente, el autor del bien y del mal. Tanto vale creer esto como creer todos los demás absurdos y quimeras que le acompañan.

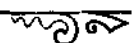
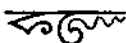
¿Queréis mejor, dirán, depender de una naturaleza ciega que de un ser sabio, bueno é inteligente?

Pero respondemos: 1.º Nuestro interés no decide de la realidad de las cosas. 2.º Este ser tan bueno y tan sabio se nos presenta como un tirano irracional, y sería más ventajoso para el hombre depender de una naturaleza ciega. 3.º La Naturaleza bien estudiada nos suministra lo necesario para ser felices en el grado que nuestra esencia lo permite. Esta Naturaleza es la que nos enseña los medios propios para conseguir nuestra felicidad.

DIDEROT.



TRIBUNA DEL OBRERO



ENTRE JARAS Y BREZOS

(Continuación.)

IX

FELICIDAD I COMPLETA

Un mes más tarde de esta escena, Elisa era la esposa de Pedro.

El bueno de D. Antonio, desde el día aquel en que vió que á la joven le faltaba el apoyo de su padre, la adoptó por hija mientras se hacían todos los preparativos para casarla con Pedro, que la amaba como el primer día. Éste todos los días la visitaba dos veces junto con su madre, que ya la consideraba como hija y se mostraba muy orgullosa de ella, puesto que había renunciado á la mano de Arturo y á las riquezas de su padre por el amor de su hijo, lo que le indicaba que amaba verdaderamente á Pedro, y esto es lo que ella quería para su hijo: una mujer que lo amase desinteresadamente y capaz de llevar á cabo los mayores sacrificios por él; y con una amabilidad verdaderamente maternal, consolaba á la joven y le decía en la forma que se le preparaba su casa; una casita tabique al medio de la de ella, y que ya había blanqueado y casi amueblado con la ayuda de Pedro y algunas vecinas.

Elisa sonreía dulcemente á todo cuanto le decía la madre de su amante; pero sentía un hondo pesar en el fondo del corazón, y era porque su padre nó la veía y se iba á casar á su disgusto, sin perdonarle aquella falta que había cometido para unirse con el hombre á quien amaba.

Su tía Tomasa parecía también enojada de ella, puesto que no la había vuelto á ver desde el día en que su padre la echó de su casa como á una mujer mundana.

Se sentía feliz á medida que se acercaba el día en que había de efectuarse el casamiento; pero su felicidad era incompleta, porque su padre no participaba de ella, y esta era la única nube que empañaba su dicha.

Su boda fué más bien de duelo que de regocijo; no hubo baile ni convite.

Su tía la mandó un precioso traje como regalo, y esto la consoló algo; pero no sintió asistir á la boda de su sobrina.

Desde aquella noche en que Elisa pudo estrechar á Pedro como esposo, su vida fué todo un idilio de amor, consagrada á los cuidados de él.

La señora Josefa, pues tal era el nombre de la madre de Pedro, todas las mañanas golpeaba á la puerta de los jóvenes esposos para que se levantasen.

Durante el día, Elisa se dedicaba á los trabajos de su sexo preparando los trapos para envolver el ser que llevaba en sus entrañas.

Pedro seguía ocupado en el campo, al lado de su padre y en la hacienda de éste,

y era feliz, muy feliz, al volver á la noche al hogar, sentándose á la mesa en compañía de su esposa y de sus buenos padres, encargados de partir el pan.

Elisa y Pedro vivían más en casa de los padres de éste que en la inmediata que ellos le habían dado, puesto que en ella pasaban buena parte del día y de la noche, y cuando ya el sueño velaba sus ojos se despedían de los viejos, diciendo:

—Hasta mañana.

—Buenas noches, hijos míos—contestaban ellos—; y todos se entregaban al sueño y al reposo.

Llegó un día en que Elisa sintió los dolores del parto, y aquel fué un día feliz para los pobres viejos, que esperaban con los brazos abiertos aquel ser que venía al mundo para la felicidad y dicha del ocaso de su vida.

Elisa tuvo un niño, robusto y muy hermoso, que D. Antonio bautizó con el histórico nombre de Aristides. Los jóvenes estaban muy contentos con aquel niño que cuidaban y mimaban; y la señora Josefa y el tío Juan, su esposo, estaban locos con su nieto, enseñándolo á todos los vecinos que querían verlo.

El Sr. Felipe, al saber la noticia que tenía un nieto, se mostró como indiferente; pero en el fondo de su alma sentía una curiosidad inmensa por verlo y conocerlo; hubiese deseado verlo sin ser visto, y cogerlo en sus brazos sin que nadie se enterase.

En cuanto á Elisa, estaba disgustada en saber que tenía un padre que hacía caso omiso de ella y de su hijo; pero todas estas amarguras estaban recompensadas con largueza por el amor de su esposo y la tierna solicitud con que éste la trataba.

Cuando ya el niño contaba algunos meses, su madre lo llevaba al campo donde trabajaba Pedro, y sobre los aparejos de la mula, á la sombra de árbol corpulento, dormía tranquilo mientras sus padres trabajaban. Pedro labraba la tierra y abría los hoyos donde su esposa iba echando puñados de estiércol y la simiente. Detrás, el tío Juan iba enterrando y allanando la tierra.

¡Qué días más felices aquellos, en que, después de haber trabajado un buen rato, corrían al lado del niño, de su niñito, colmándolo de caricias infinitas! A su lado, corriente de agua cristalina, arrastándose por la seca y sedienta tierra, yendo á parar á las grandes charcas formadas al pie de los árboles frutales; el verde y frondoso prado formando caprichosos dibujos por mil diversas flores de distintos colores, entre las que sobresalían los esbeltos lirios por el terso azulado y las fragantes amapolas por el vivo y muy subido color suyo; las bandadas de mariposas cerniéndose sobre la matizada alfombra á impulsos del céfiro, semejando á espíritus benéficos, en cuyas volubles membranas, exactamente copiados los colores del iris, dibújase rico bordado de oro y seda, que no pueden, ni con mucho, imitar delicadas manos de doncellas; el continuado *kri, kri* del grillo, producido por el uniforme rozamiento de sus artísticas alas, unido al zumbir de las abejas, picando de flor en flor para extraer y fabricar la rica miel que regala el paladar nuestro; los parleros pajarillos révoloteando aquí y allá y dejándose escapar de la garganta melodiosos trinos; el susurro de viento al pasar por la espesura de los árboles, agitándolos, y que lanzaban sobre la tierra toda una tempestad de hojas, que ora se remontan, á impulsos del aire en revuelto remolino, á alturas considerables, ora descienden á la tierra; todo este universal concierto de la Naturaleza, susurro del viento, melodías tiernas de las aves, erupción de aromas campestres, efluvios misteriosos, insectos, aves, árboles, plantas y flores exuberantes, que crecían frondosas, mostrando su vida y lozanía, parecían contribuir á aumentar la felicidad y dicha de los jóvenes esposos, que nada aspiraban fuera de la Naturaleza

ni nada envidiaban, siendo venturosos en el éxtasis maravilloso y en el deliquio encantado: que les ofrecía la contemplación amorosa de su propia obra, carne de sus carnes, sangre de su sangre y hueso de sus huesos.

Así pasaban fugaces los días por aquel matrimonio, muy feliz y muy dichoso con sólo tener lo indispensable para ir pasando la vida con el trabajo laborioso y honrado.

AURELIO MUÑIZ.

(Continuará.)

EDUCACIÓN É INSTRUCCIÓN

¿Veis á ese hombre de corazón puro, clara inteligencia, voluntad firme y cuerpo esbelto? Ese hombre está educado. ¿Veis á ese otro que lee imitando al relámpago en lo veloz, que escribe cual si su mano fuera impulsada por potente máquina, trazando un carácter de letra primoroso y elegante? Reparadle bien: es de corazón frío, insensible al dolor ajeno, inconsecuente; se complace con las cosas fútiles, y tiene, al parecer, desarrollada la inteligencia. Ese es el hombre instruido.

¿Lo habéis observado? Muchos leen un libro, un periódico, y al finalizar la lectura, si les preguntáis qué quiere decir lo que acaban de leer, os contestan: «No sé», ó á lo sumo os nombran cuatro palabras de lo leído, pero sin ilación, sin sentido.

Otros cogen la pluma y copian con magistral carácter de letra la carta, artículo ó cosa que les dais á copiar; pero decidles: «Vacía en lo que escribes lo que tu cerebro piensa», y entonces se ven impotentes, no saben. A los que tal les pasa, vulgarmente se les llama instruidos.

¿No habéis reparado también que hay hombres que ni leer saben y, sin embargo, os dan explicación de lo que oyen leer, y con cuatro letras mal trazadas os dicen lo que deciros quieren, lo que quieren que sepáis? Pues esos tienen más de educados que los otros.

Los primeros no saben pensar; tienen, á pesar de todo, lo que mecánicamente han aprendido, las facultades de la inteligencia dormidas.

Y los segundos, á pesar de no saber lo que los otros saben, las tienen más ó menos avivadas, pero no dormidas.

¡Cuántos y cuántos padres se vanaglorian de que sus pequesuelos sepan recitar de memoria largas fábulas, leer diminutos caracteres de letra, escribir, sin fijarse en que todo aquello que saben es rutina pura, y que de poco les sirve, si no se ha tenido en cuenta al inculcárselo el cultivo y desarrollo de su facultad de pensar, la inteligencia!

Niños de cinco y seis años hay que saben leer. Desde su ingreso en la escuela se les ha empezado á introducir en su mollera letras y más letras, sin atender para nada en lo restante que de pequeños hombres tienen. ¡Y á cuántos padres se les cae la baba porque sus hijos tan chiquitines saben ya leer! Se los imaginan unos Homeros, ó unos Virgilio, ó unos Sénecas, sin pensar que todos esos adelantos prematuros no hacen sino atrofiar la débil inteligencia de los niños, y que cuando mayores pagarán los excesos que se les obliga á hacer de gasto de energía vital.

¿Quiere decir lo escrito que yo pienso que la instrucción es inútil?

Jamás pensaré tal cosa. La instrucción es útil, de gran importancia, siempre que tienda á allanar el camino de la educación, siempre que sea considerada como un medio educativo; mas cuando, como sucede en la gran mayoría de las escuelas, substituye á la educación, no sólo no es útil, sino que es perjudicial.

La educación hará hombres robustos y ágiles, buenos, inteligentes y voluntariosos, en una palabra: hombres que alcanzarán la mayor perfección posible.

La instrucción á lo sumo hará hombres sabios; pero esta sabiduría, lejos de servir para un bien, se emplea casi siempre para mejor despojar, explotar, esclavizar á los semejantes, para revestir con carácter de justo y verdadero lo inicuo y falso.

FRANCISCO NAVÉS.

A LOS ESPIRITISTAS

Es un contrasentido ser espiritista y político. Tan distanciada está la idea espiritista de la política como de ésta la idea ácrata. La política es el arte de gobernar ó tiranizar á los pueblos y vivir á expensas del productor. Ningún partido político, sea el que quiera su lema, puede practicar los principios de igualdad, libertad, fraternidad, solidaridad y progreso indefinido, como las ideas ácrata y espírita.

Comprendo que todos los partidos políticos, sin distinción, falseen dichos principios: es consecuencia de sus credos más ó menos avanzados; pero que los espiritistas hagan lo mismo, ni lo comprendo, ni lo entiendo. Precisamente en la Filosofía de Allan Kardec, que es el libro principal de su doctrina, no podrán señalarme sus adeptos ni una sola línea que trate de color político alguno y sí bastante de sociología, que ningún ácrata puede rechazar; y, ¡cosa extraña!, la mayoría de los espiritistas son partidarios de la política republicana y enemigos casi declarados del socialismo ácrata.

Déjense mis amigos en creencias de misticismos é imposiciones, pues ya saben que ante todo hemos de ser racionalistas; manden á paseo á los vividores políticos, y que cada uno piense por su cuenta y razón; ya saben también que la ciencia espírita *invita á un estudio y no impone una creencia*, expulsando por completo toda clase de política, cualquiera que sea su nombre.

Estudiando con detenimiento tanto la ciencia social ácrata como la ciencia espírita, se ve que ambas están llamadas á desempeñar en la humanidad el principal papel.

La Filosofía, que dice «que la desigualdad de condiciones sociales no es una ley natural y sí obra del hombre, y que esta desigualdad llegará á desaparecer»; la que mantiene «que la sociedad puede estar regida por las leyes naturales sin el concurso de las humanas»; la que «proclama que cada uno produzca según sus fuerzas y consuma según su gusto y necesidad», y otras muchas afirmaciones muy lógicas y muy sociológicas, no puede producir políticos ni mixtificar y estar en contradicción con dicha doctrina.

Esta es la Filosofía de Allan Kardec, la que hace medio siglo que apareció, y que no se ha modificado.

Y, por último, entiendo que no se puede ser espiritista sin ser ácrata, aunque se puede ser ácrata sin ser espiritista.

C. CANO.

REVISTAS Y PERIODICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

L'Humanité Nouvelle.—Revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.—15, Rue de Saint-Pères, París.

Criminalología Moderna.—Talcahuano, 379, Buenos Aires.

Ciencia Social.—Revista mensual de Sociología, Artes y Letras.—Corrientes, 2041, Buenos Aires.

Revue Franco-Allemand.—22, Allée Carnot.—Le Raincy-près, París.

Freedom.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.

The Workers-Friend.—46, Hanbury St. Spitalfields, Londres, E.

La Nueva Humanidad.—Publicación mensual.—Casilla de Correos, 259, Rosario de Santa Fe.

Les Temps Nouveaux.—Rue Mouffetar, 140, París.

La Protesta.—Estrella, 162, bajos, Sabadell.

Fraternidad.—García de Jove, 2, 2.º, Gijón.

El Obrero de Riotinto.—Riotinto.

El Obrero.—Badajoz.

La Protesta Humana.—Calle Chile, 2, 274, Buenos Aires.

El Nuevo Ideal.—Maloja, 1, altos, Habana.

El Rebelde.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.

La Question Sociale.—Box, 1,639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).

El Obrero Panadero.—Calle Chile, 2, 274, Buenos Aires.

El Despertar.—1,255, 5 th. Ave Brooklyn, N. Y.

L'Avenir Sociale.—Messina (Italia).

La Redención Obrera.—Palamós.

La Voz de la Mujer.—Calle Uruguay, 846, Rosario de Santa Fe.

A Obra.—Rua do Norte, 165, Lisboa.

La Aurora.—Piedad, 94, Montevideo.

Il Diritto.—Rua Silva Jardim, 60, Coritiba (Brasil).

O Protesto.—Rua Evaristo de Veiga, 78, Rio Janeiro.

El Grito del Pueblo.—Avenida Intendencia, 14, Sao Paulo (Brasil).

El Amigo del Pueblo.—Durazno, 25, Montevideo.

L'Avenir.—Corrientes, 2041, Buenos Aires.

Germinal.—Box, 1,136, Paterson, New Jersey.

Le Reveil.—Rue des Savoises, 6, Ginebra (Suiza).

El derecho a la vida.—Casilla de Correos, 305, Montevideo.

O Productor.—Rua das Farinhas, 19, Setubal (Portugal).

L'Agitazione.—Ancona (Italia).

El Acrata.—Correo 3, Casilla 80, Santiago de Chile.

La Libera Parole.—Costada Ricardone, 148, Rosario Santa Fe.

El Libertario.—Calle Piedra, 180, Montevideo.

El Anárquico.—Calle Piedra, 295, Montevideo.

Tribuna Libertaria.—Calle Río Negro, 274, Montevideo.

O Libertarista.—Becco do Fisco, 13, Rio Janeiro.

A Aurora.—Rua S. Sebastiao, 7, Oporto.

Retratos.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkine, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín S. Ivochea, mártires de Chicago, y el de los extrañados de Barcelona, á 15 céntimos, todos en magnífico papel couché.

LA REVISTA BLANCA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>España, Gibraltar y costas de África, un trimestre.....</i>	<i>1,50 pesetas.</i>
<i>Idem id. id., un año.....</i>	<i>5 —</i>
<i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>	<i>2 —</i>
<i>Un ejemplar.....</i>	<i>0,25 —</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

<i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i>	<i>1 peseta.</i>
<i>Idem id. id., año.....</i>	<i>4 —</i>
<i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>	<i>1 —</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,5 céntimos.</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.
